

La

Alquería de Bretaña

Clona

LA ALQUERÍA DE BRETAÑA

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

ESCRITO EN FRANCÉS POR

FEDERICO SOULIÉ

REFUNDIDO Y ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA POR

DON LUIS OLONA

Representado con grande aplauso en el TEATRO DEL INSTITUTO, en
el mes de Octubre de 1847.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IMPRESA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1893

PERSONAJES

ACTORES

KEROUAN.....	DON	JOSÉ CALVO.
EL GENERAL D'ESTEVE.....	»	ANTONIO BARROSO.
EL MARQUÉS DE MONTECLAIN	»	JOSÉ RODÉS.
JORGE D'ESTEVE.....	»	MANUEL PASTRANA.
PORNIC.....	»	MANUEL AGUIRRE.
ALÍ.....	»	JOSÉ DARDALLA.
DOMINGO.....	»	MANUEL BARJA.
BRIAS.....	»	ANTONIO FENOQUIO.
MR. DE AVANTIANNES.....	»	JOSÉ SAEZ.
LA CONDESA DE BEAUVAL...	DOÑA	CARMEN FENOQUIO.
LUISA.....	»	RITA REVILLA.
JENY.....	»	JOAQUINA MOLIST.
MME. DE BRIAS.....	»	MARÍA REVILLA.
MLLE. DE BRIAS.....	»	N. SÁNCHEZ.
MAGDALENA.....	»	JACINTA CRUZ.
MARIANA.....	»	N. CRUZ.
LUIS.....	DON	N. N.
JUAN.....	»	JOSÉ GUERRERO.
FRANCISCO.....	»	N. N.

Caballeros y Señoras, Aldeanos bretones de ambos sexos;
Criados, Jockeys, etc.

Año de 1847.

Esta obra es propiedad de DON CARLOS OLONA Y DI-FRANCO, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

El teatro representa una llanura campestre. A la izquierda del espectador, una valla formada de troncos y enramada, y que figura ser la entrada para el sitio destinado á la corrida de caballos. Un poco más hacia el centro de la escena, un árbol grande y frondoso. A la derecha, una casa con balcón practicable, y en el cual hay una muestra que dice: *Posada ó Parador de la Estrella de Oro*. Al fondo izquierda, una alameda; al fondo derecha, lo mismo. Al fondo de enmedio, campo, con algunas casas pintadas en él, etc. A la puerta del parador, mesas y sillas.

ESCENA PRIMERA

Al levantar el telón, aparecen gentes de todas clases, que beben, conversan ó transitan. A la izquierda, varias ALDEANAS jóvenes asidas de las manos como si hubiesen concluido de bailar. A la derecha, ALÍ, con el uniforme del regimiento de caballería de cazadores de África, y que está sentado en primer término y á la puerta del parador, fumando en una pipa turca; MAGDALENA y MARIANA; después, DOMINGO

- MAG. (A las otras, y señalando á Alí.) Basta de baile por ahora. ¿No le veis qué arrellenado está?
- MAR. Pero, ¿quién puede ser?
- MAG. Acaba de llegar de París, para asistir á las carreras que deben verificarse dentro de una hora. Trae caballos soberbios.
- ALI. Miradme bien, graciosas compatriotas... (¡No parece que les disgusta mi uniforme!)

- MAR. Yo creo que ha de ser algún marqués turco.
- MAG. ¡Ah! Ved ahí al señor Domingo, que nos sacará de dudas... ¡Él, que ha visitado las cuatro partes del mundo!...
- ALI. (Les mostraremos el talle.) (Levantándose y dando paseos.)
- MAG. ¡Señor Domingo! ¡señor Domingo! (A éste, que entra, y rodeándole todas.)
- ALI. (¿Domingo? ¡Ah! ¡Es el mismo!... Sin duda el General no debe estar muy lejos.)
- DOM. ¡Eh, muchachas! ¿Qué diantres ocurre? ¿Queréis tomar mi persona por asalto? ¡Pues os hago prisioneras! (Abrazando á Mariana.)
- MAR. ¡Ay!
- TODAS. ¿Cómo es eso?
- DOM. Para todas habrá; pero antes tengo que ir á tomar asientos en la tribuna del subprefecto para el General y su hija. ¡Qué guapota estás hoy, Magdalena!
- ALI. (¿Magdalena?)
- MAG. ¡Suélteme usted! ¡Gasta usted unas bromas!... ¡Suélteme usted, ó se lo digo á mi tío Kerouan!
- ALI. (¡Es la misma! ¡Cómo ha crecido!)
- MAG. Señor Domingo... ¿conoce usted ese traje? (Señalando á Ali.)
- DOM. ¿Cuál?
- MAG. El de aquel joven.
- ALI. (¿Hay revista de inspección?)
- DOM. ¡Bah! Yo no sé qué disfráz es ese... ¿Y de dónde ha venido el tal jovencito?
- MAG. Llegó de París hace dos horas, con mi padrino el Marqués de Monteclain.
- DOM. ¿Sí? Pues entonces no debe ser nada bueno... Algún saltimbanqui: cuando más, algún lacayo.
- ALI. (Acercándose á Domingo y dándole una palmadita en la espalda.) No porque haya usted pertenecido á la antigua guardia, desdeñe á un soldado moderno.
- DOM. ¿Esto... un soldado?
- ALI. (Con gravedad.) Como quien dice. Primero de cazadores de África.

- DOM. ¿Cazadores de África? (Con desdén.) Sí, he oído hablar alguna vez...
- MAG. Yo también.
- ALI. Es que han dado mucho que contar.
- DOM. ¡Ya quisieran compararse á otros!
- ALI. ¿A los de la antigua guardia, por ejemplo? ¿Y qué? Cada uno tiene su gloria. Ustedes conquistaron la Europa... Está muy bien. Nosotros conquistaremos el África... y no estará del todo mal. ¿Es cierto, señor Domingo?
- DOM. ¿Eh?
- MAG. ¡Calle! ¡Le conoce á usted!
- DOM. Habrá leído los boletines del gran ejército...
- ALI. El señor Domingo de Blain, antiguo sargento y hoy mayordomo del General D'Esteve... otro veterano, conde del imperio y muy duro de cocer, que á la sazón vive retirado en Machecoul, con su encantadora hija.
- MAG. Sí, la señorita Jeny... una de las jóvenes más hermosas del país.
- ALI. ¡Y que habrá crecido tanto como usted, graciosa Magdalena!
- MAG. ¡Cómo! ¡También me conoce!
- ALI. Y no será en verdad por los boletines... ¿eh? Magdalena Leroe, huérfana y bajo la protección del señor Kerouan, bretón por esencia y potencia, arrendador del señor Marqués de Monteclain y soldado de la primera en mil setecientos noventa y cinco, de la segunda en mil ochocientos quince, y de la tercera en mil ochocientos treinta... algo despierto, condecorado con la cruz de San Luis, y que aún puede manejar una espada, á pesar de sus sesenta y cinco años... ¿Me explico, señor Domingo?
- MAG. ¿Pero quién es usted en fin?...
- DOM. Aguarda un poco. ¿Tú has dicho el primero de cazadores de África?
- ALI. Segundo escuadrón.
- DOM. Cristóbal Kerouan. (Como si leyera la lista.)

- ALI. ¡Presente! (Cuadrándose.)
- MAG. ¡Mi primo!
- DOM. ¿Conque eres tú, bribón?
- ALI. Sí, señor Domingo. ¡Voto al demonio! ¿Y no me reconoció usted desde luego?
- DOM. Es que como al partir hace seis años... no teníais eso... (Señalando los bigotes.)
- ALI. Ni esto. (Descubriendo su frente, y mostrando una cicatriz; en seguida aparta el albornóz, y descubre una cruz.) Ni esto.
- DOM. ¡La cruz! ¡Mil granadas! ¡Bravo! ¡bravo! ¡Abrázame!
- ALI. Con mil amores... Y á tí, Magdalena... si no te asustan los bigotes.
- MAG. Los negros, no.
- DOM. ¡Ingrata! Pero hombre, ¿por qué llevas oculta esa cruz?
- ALI. Porque es una sorpresa, que preparo á mi padre.
- DOM. ¡Cómo! ¿No le has visto todavía?
- ALI. ¿Acaso está aquí?
- MAG. Llegando tú de París con el Marqués de Monteclain, debías saber que mi tío Kerouan se halla en estos sitios, para asistir á las carreras... El Marqués le escribió para que viniese...
- ALI. ¡No es posible! ¡Me lo hubiera dicho!
- MAG. Créeme. ¡Si yo misma le he leído la carta á tu padre!... Como él no sabe, y Luisa no estaba en aquel momento en la alquería... aunque volvió precisamente al otro día... porque ha pasado tres meses en casa de nuestra tía Susana...
- ALI. Luisa... Mi hermana... Díme, Magdalena, ¿está tan linda como tú? ¡Ella prometía serlo hace seis años!
- DOM. ¡Y lo es!
- ALI. ¡Qué gusto!... Pero concluye tu historia. ¿Dices que el Marqués escribió á mi padre?...
- MAG. Sí, hombre. Para que trajese á las carreras sus caballos bretones, y añadiendo: «Ven, amigo mío.» Ya sabes cuánto quiere á tu padre. «Ven, que te preparo una muy agradable sorpresa.»
- ALI. Sí: la sorpresa soy yo. Y mi padre, ¿ha venido?

- DOM. Ya te lo dije hace una hora. Está en aquella tienda de campaña, donde se hace el asiento de los caballos que han de correr luégo.
- ALI. Y tú has venido con él... y también Luisa... (A Magdalena, dispuesta á marchar.)
- MAG. No. Ella se ha quedado en la alquería. Era preciso dejar allí á alguno...
- ALI. Pero está buena, ¿eh?
- MAG. Sí... á pesar de que... como... ya sabes, ha sido educada en un convento con la señorita Jeny... casi nunca ríe... siempre suele estar triste... pensativa...
- ALI. Razón de más para haberla traído.
- MAG. No quiso. Y como mi tío no la contradice en lo más mínimo...
- ALI. Pues no me gusta á mí eso.
- DOM. ¿Y qué? ¿Vienes ahora á sermonear tú? ¡Sería gracioso! No hay duda de que con las lecciones de tu coronel... ¡Buen modelo es el tal Marqués!.. ¡Para educar calaveras no hay otro!... (Con ironía.)
- ALI. En efecto, que lo que es mi jefe... ¡Pero cargue el diablo con tanta charla inútil!... ¿Es allí donde está mi padre?
- MAG. Sígueme: yo te guiaré.
- ALI. En marcha. (Van á salir, y aparece Ana en el fondo.)

ESCENA II

DICHOS y ANA

- ANA. ¡Alí! (Llamando.)
- ALI. ¿La señora Condesa de Beauval en Bretaña?
- ANA. ¿Ha llegado tu amo?
- ALI. Está almorzando con Mr. de Brias y otros amigos suyos... Si queréis, iré á decirle...
- ANA. No: tú puedes satisfacer mi curiosidad.
- ALI. Perdone usía; pero un asunto urgente...
- ANA. Es cosa breve. ¿No eres de este país?
- ALI. Sí, señora. Es decir, de Machecoul, al lado de allá del Loira.

- ANA. Lo mismo da. ¿Conoces al General D'Esteve?
ALI. Un poco... por no decir que le conozco mucho. Pero ahí tiene usía á ese veterano, que es su mayordomo, y no se ha separado de él hace treinta años.
ANA. ¡Y que se llama, sin duda, Domingo!
ALI. En persona.
ANA. Es el caso que... no quisiera dirigirme á él.
ALI. Perdone usía... pero á treinta varas de aquí está mi anciano padre... y no le he abrazado todavía... lo cual me tiene sin sentido para todo. Ven, Magdalena... Señora Condesa... Hasta luégo, ilustre vencedor. (Las Jóvenes se retiran.)

ESCENA III

DOMINGO y ANA

- ANA. ¡Señor Domingo!
DOM. Tengo el honor... (Una conocida del Marqués. Desde luego, no es persona muy respetable.)
ANA. El General D'Esteve ha venido á las carreras, ¿no es cierto?
DOM. Sí, señora. (Es por el General por quien...)
ANA. ¿Y le acompaña la señorita Jeny, su encantadora hija?
DOM. Nunca se separa de su lado. (Vamos, es alguna amiga de colegio.)
ANA. Ustedes llegaron de París...
DOM. Anteaayer. Y nos volvemos á la quinta hoy mismo.
ANA. ¿Sí? Bien; pero... el hermano de Jeny... Mr. Jorge...
DOM. ¡Aaah, malo: será por él!)
ANA. ¿Ha venido también con ustedes?
DOM. Mr. Jorge. (Monteclain y algunas Jóvenes salen del parador.) (¡Ya decía yo... Esta es... no sé quién!) (Le vuelve la espalda.)
ANA. Perdone usted, buen hombre. Le he preguntado si Mr. Jorge estaba aquí. (Viendo que la ha vuelto la espalda enfadado.)

ESCENA IV

DICHOS; MONTECLAIN, BRIAS y JÓVENES

MONT. ¡Aquí está... bella Condesa... Yo le he visto! (Acercándose á Ana y en voz baja.)

ANA. Buenos días, Mont eclain. Adiós, Brias; sé que se halla usted como en familia.

BRIAS. Precisamente. He venido acompañando á mi madre y á mi hermana...

MONT. Señor Domingo, tengo el gusto de saludarle.

DOM. Señor Marqués, beso á usted la mano. (Bruscamente, y vase.)

BRIAS. ¿Quién es ese jabalí de bigote erizado?

MONT. Uno de mis más mortales enemigos. (Sonriendo.)

BRIAS. ¿Sí? (Lo mismo.)

ANA. ¿Ese hombre... enemigo del Marqués de Monteclain?

MONT. Enemigo... subalterno. ¡Cuerpo auxiliar, cómplice obediente, pero que al combatirme siente todo el fuego de un odio personal! Ya saben ustedes que hace seis meses tuve el capricho de querer que me nombraran diputado y miembro del Consejo general de mi departamento...

ANA. ¿Usted diputado, Monteclain?... De todas sus locuras, esa pretensión era sin duda la más absurda. (Brias le ofrece una silla, que ella acepta; todos la rodean.)

BRIAS. No le renueve usted sus dolores, Condesa. Quedó vencido del modo más solemne...

MONT. Es verdad. Y á ese buen Domingo es á quien se lo debo.

ANA. ¿Al mayordomo del General D'Esteve? (Sentándose.)

MONT. Sí, al mayordomo, que en aquella ocasión se hizo el ayudante de campo, el mensajero, el postillón, el intérprete y el propagador de los rencores de su antiguo General. Éste inventaba las calumnias, el viejo solapado las extendía.

ANA. ¿De veras? ¿El General os calumniaba?

- MONT. Suponiendo que mi conducta era la de un calavera sin freno...
- BRIAS. ¡Qué suposición! (Con tono burlón.)
- MONT. Que yo no hacía otra cosa que seducir y comprometer á cuantas mujeres conocía...
- BRIAS. Vamos, Marqués, sé franco. ¿No has paseado por París, llevando del brazo, con la mayor insolencia, á cuantas deidades señalaba la fama con su dedo?
- MONT. Pero, señores, no parece sino que yo seduje á tan lindas criaturas. ¿Por qué se me imputa una gloria ó un crimen que pertenecía desde antes á otros?
- BRIAS. Es indiscreto como nadie. (A Ana.)
- MONT. Dígales usted que no, Condesa. (Bajo.)
- ANA. Pero es usted, en cambio, muy impertinente. (Bajo al Marqués.)
- MONT. ¿Por qué...? (Sonriendo.)
- ANA. El Marqués... ya lo ven ustedes... se ríe de todo... y de todos...
- MONT. En cambio, dejo á los demás que se ríen de mí y me echen en cara mis defectos. Aun al mismo General D'Esteve, que hizo, en verdad, á los electores un retrato mío, capáz de hacer retroceder á los más intrépidos.
- ANA. Sí, usted permite todas esas cosas... pero no las perdona nunca...
- MONT. ¿Yo? ¿Y por qué? Las creo de buena guerra... Por lo demás, si el General no es mi amigo... nada tiene de extraño. Él es hijo de un pobre maestro de escuela de aldea... yo soy el heredero de los antiguos señores de su padre. Él ha llegado á ser Conde del imperio; pero nosotros, nosotros somos Condes de Monteclain hace seiscientos años. Partió, como soldado de la república, y se ha visto detenido en su carrera en tiempo de la restauración, cuando precisamente mi carrera empezaba. Ha hecho diez veces más esfuerzos que yo por su fortuna, y la casualidad me ha dado diez veces más fortuna que á él. ¿No son todas éstas excelentes razones para que me aborrezca? Añadan ustedes á esto, que

somos vecinos de campo, y que él tiene una casa y yo un castillo; él un jardín y yo un parque, que mi posesión domina la suya, y mis torres le quitan los mejores puntos de vista... y, en fin, señores, que él pertenece á lo pasado y yo á lo presente; que es viejo y yo joven, y que, por tanto, él acaba y yo empiezo.

BRIAS. Y, sin embargo... es más fuerte que tú, porque, á pesar de ese sinnúmero de ventajas, ha sabido derrotarte. Vamos... y sin duda, para tomar la revancha, has venido á este miserable país... (Riendo.) El león de las carreras parisienses viene á triunfar de su enemigo, sobre la arena bretona de Lamballe... ¡Magnífico! (Todos ríen.)

MONT. ¿Por qué no, señores? Yo llevaré este triunfo más allá de lo que ustedes creen... ¡Y quién sabe si prefiero los roncós gritos de victoria de estos rudos aldeanos á los aplausos de las elegantes tribunas de Chantilly! Sí, amigos míos; porque me hallo en el seno de mi noble, de mi antigua, de mi santa Bretaña. ¡Oh! el aire de estos campos da nueva vida á mi alma y á mi imaginación. Sí; cuando uno descansa de las pobres intrigas de la vida cortesana; cuando uno llega á hastiarse de las ridículas farsas de toda esa gastada sociedad, de las hipocresías conque en vano pretende ocultar sus debilidades ó sus vicios, se cree uno dichoso, al encontrar esa rudeza de idioma y de costumbres, inseparable compañera de la verdad y la honradéz; esa probidad implacable, por la que la palabra de vuestro enemigo es tan sagrada para vos como la de un hermano; esa austeridad de costumbres, que hace del amor una religión santa y pura...

BRIAS. ¡Calle! No te creía tan poético.

ANA. Y, sobre todo, tan indulgente para con sus enemigos.

MONT. Para los que son honrados y leales, Condesa, he sido justo siempre... y me envanezco de ello.

ANA. Tal vez podría encontrarse en esa justicia una secreta causa, que usted no quiere revelarnos... La hija del General, señores, es una joven encantadora. (A los otros.)

- MONT. Ciertamente: su belleza es admirable, y dicen que su corazón es noble y generoso. Ella, sin ir más lejos, es la que consuela á su padre de los pesares que le ha causado Jorge, su hijo.
- BRIAS. ¿Conque ese Jorge D'Esteve, cuyos cuadros han obtenido tan buen éxito en la exposición de este año, es hijo del General?
- MONT. Sí; y el mismo que en Italia (Con intención) ha cometido todas esas escandalosas locuras por cierta dama...
- BRIAS. ¿Quién?
- MONT. ¿La conoce usted, Condesa?
- ANA. Mucho. (Vivamente.)
- BRIAS. Y... ¿su nombre?...
- ANA. Pero yo dudo que las locuras de Mr. Jorge D'Esteve por... esa dama... hayan dado tanto que decir, porque... él no tenía entonces reputación ni fortuna...
- MONT. (Bajo á Ana.) Me he olvidado de decir que desgraciadamente para su reputación, el pobre joven le dió más que su fortuna, y...
- ANA. (Idem.) Monteclain, usted abusa de mí.
- MONT. (Brias, al verlos hablar bajo, se aleja y conversa á un lado con los demás.) No; pero... si fuese alguna vez preciso, lo haré. ¿A qué ha venido usted aquí?
- ANA. Si usted fuera hombre que vengase las injurias que se le hiciesen... se lo diría quizás...
- MONT. Pero... cuando una se quiere hacer la misteriosa, no corre por entre la multitud, diciendo al primero que se encuentra: «¿Está aquí Mr. Jorge D'Esteve?»
- ANA. Usted ha respondido que sí.
- MONT. Y la prueba de que es (Mirando á un lado.) cierto... mirad... él es.
- ANA. ¿Jorge? (Mirando con ansiedad.)

ESCENA V

DICHOS; JORGE y DOMINGO

JORGE. (¡Cielos, ella aquí!) (Deteniéndose al ver á Ana.)

- DOM. Conque ya sabe usted; tres buenos asientos cerca del subprefecto, y al lado del señor cura.
- JORGE. Bien, bien. Se lo diré á mi padre; vete. (Domingo saluda y se va.)
- MONT. Monsieur Jorge... tengo el honor... (Adelantándose.)
- JORGE. Bien venido, Marqués.
- MONT. ¿No quiere usted estrechar mi mano? ¿Olvida ya que soy uno de los más sinceros admiradores de su talento... ó estamos, por ventura, en un tiempo en que los hijos heredan las preocupaciones de sus padres?
- JORGE. Usted es un ejemplo de lo contrario, Marqués, y yo le doy infinitas gracias. Pero he llegado á un punto de dependencia tal, que no puedo escuchar las más leales palabras, cuando éstas no suenan bien á los oídos de mi padre.
- MONT. Sí; pero usted es joven... usted tiene talento... No le falta tampoco valor.
- JORGE. Hay infortunios, contra los cuales todo valor es inútil.
- MONT. Si alguna vez puedo serle útil... una palabra suya será para mí un mandato. Conque, amigos míos, ¿damos una vuelta por las Alamedas? (A los otros, y disponiéndose á marchar.)
- ANA. (¡Quédese usted!) (A Jorge.)
- MONT. Adiós, Condesa... ¿Usted no viene? (A Jorge.) Pues, ¡eal hasta luégo. amigo mío. (Monteclain da la mano á Jorge, que se queda pensativo, y se va con los otros Jóvenes.)

ESCENA VI

JORGE y ANA

- ANA. ¿Es este el recibimiento que usted me hace, Jorge?
- JORGE. Y... ¿qué pretende usted, al presentarse en estos sitios?
- ANA. ¿Usted extraña mi venida?
- JORGE. Sí. ¿No estamos, por ventura, separados para siempre? ¿Qué quiere usted aún?
- ANA. Empezaré por decirle... que he comprado las tierras que están al lado de las de Monteclain...

- JORGE. ¡Qué oigo!
- ANA. A fin de estar más cerca de usted, caballero: de usted, que hace dos meses se ha encastillado en su quinta, donde...
- JORGE. Donde no me ha dejado usted tampoco gozar una hora de tranquilidad, escribiéndome necias amenazas y dándome citas.
- ANA. A las que usted no ha ido... ¡Ah! ¡Cómo han variado los tiempos!... ¡Antes era yo quien las concedía!... ¡Es verdad, que antes no era yo tampoco su esposa de usted!
- JORGE. ¡Silencio!
- ANA. Ya sé que este nombre le aterra, que nunca me perdonará usted esta unión... Mas... ¿usted no teme que yo me cause de sufrir tantos desprecios?
- JORGE. Hable usted, señora. Sepa yo lo que usted pretende. ¿Quiere usted más oro todavía? Ya no tengo qué darle... ¡Le he sacrificado la fortuna de mi madre, para impedir mi última desgracia, para que no manchase usted, llevándolo, el nombre que de mi padre he recibido!
- ANA. ¿Y si yo le dijese que vengo á reclamar ese nombre, que también me pertenece?
- JORGE. ¿Usted? ¡Nunca! ¡Nunca! Usted no lo intentará siquiera... porque ya sabe cuál es mi resolución, si tal caso llegara. Porque usted sabe que si mi labio revela su terrible secreto...
- ANA. ¡No se atreverá usted!
- JORGE. ¿No? ¿Cree usted que si la cortesana que se apellida Condesa de Beauval, tomase mi nombre, ya perdido éste, vacilaría yo en añadir un borrón más, declarando á la justicia que esa mujer, que es la mía, fué arrojada de la casa del Duque de Hericy por un crimen?...
- ANA. ¡Silencio!
- JORGE. ¡También usted me pide que calle!
- ANA. ¡Jorge!... no me humille usted más con lo pasado. Si mi culpa fué el ocultárselo, la suya fué el creerme. Por ventura, cuando su padre de usted le escribía una

carta tras otra, para oponerse á nuestro casamiento, ¿no le engañó usted también, fingiéndose obedecerle? ¿No cometió usted otra falta por mí? ¡Quién sabe si la mía...!

JORGE. ¡Basta! ¿Presume usted que ha de burlarme de nuevo con esa hipocresía que ya conozco?... ¡Señora, aléjese usted, no ponga usted á más crueles pruebas mi sufrimiento, ó yo encontraré un medio en mi desesperación!...

ANA. ¡Qué! ¿Dándome la muerte? ¡Oh, expliquémonos de una vez! ¡Todo se olvida en este mundo! ¡Su padre de usted, que le ha tenido tanto tiempo lejos de su lado, le llamó al fin hace tres meses, y le tiene á usted en su casa! ¡Yo quiero mi parte de perdón!

JORGE. ¿Y así se atreve usted?... Adiós, señora... No puedo escucharla más, no quiero oirla una sola palabra; pero debo advertirla, que si cometiese la menor imprudencia... no vacilaría ante ninguna consideración. (Va á salir, y tropieza con Pornic, que se presenta en el mismo instante.)

ANA. ¡Jorge! ¡Jorge! (Pornic es un poco contrahecho; camina con las piernas encorvadas, es malicioso, astuto, cobarde y gruñón, habla muy pausadamente, y tiene la calma de la hiena y la astucia del zorro. Su traje es como el de nuestros maragatos, pero pobre.)

JORGE. ¡Bellacol!

PORNIC. ¿Eeeeh? (Alzando su látigo.)

JORGE. ¿Te atreves á levantar la mano?... (Le da un bofetón, y se va.)

PORNIC. ¡Ah! (Con cólera, llevándose la mano á la cara.)

ANA. ¿Qué es eso? (Volviéndose.)

PORNIC. ¡Los señores!... ¡Los nobles!...

ANA. ¿Con quién hablas?

PORNIC. ¡Así tratan á los que... á los que tal vez son más honrados que ellos!...

ANA. ¿Qué dices?

PORNIC. ¡Nada! ¡Pero mejor estuviera ese orgullo para mirar por su honra!

- ANA. ¿Por su honra? ¡Habla! ¿Quién eres?
- PORNIC. Un criado del arrendador Kerouan. Acabo de llegar de la alquería, para traerle un recado urgente... Creen que todo no se descubre. Si el tal señorito está ciego... que ponga en todo más cuidado.
- ANA. ¿Pero qué misterio encierran tus palabras?
- PORNIC. ¡Ninguno!
- ANA. ¿Tú sabes algo de Mr. Jorge?
- PORNIC. De él... no... pero de su... En fin, me callo.
- ANA. Habla. Puedes contarme sin temor... (Dándole un bolsillo.)
- PORNIC. Señora... ¡Cuánto dinero!
- ANA. Dí.
- PORNIC. Es que he observado... Usted no revelará... En la bañia de la tía Marta...
- ANA. Viene gente. Sígueme.
- PORNIC. Pero mi amo...
- ANA. En seguida lo buscarás. Ven. (¿Qué será esto?) (Vanse.)

ESCENA VII

JENY, EL GENERAL, JORGE y DOMINGO

- GEN. (Apoyado en Jeny, á Jorge.) ¡Ya era tiempo de que viniese usted; hace una hora que le estoy aguardando. Sabe usted que hay días en que apenas me permite la gota dar un paso, y sin embargo, me deja usted ahí solo, con su pobre hermana, que apenas puede sostenerme.
- JORGE. Hasta hace un instante, no pude encontrar á Domingo, para que me dijese si estaban apartados los asientos, y... (Sale Domingo.)
- DOM. Cuando ustedes gusten.
- GEN. Ya sé que no le faltan á usted excelentes razones para todo. Gracias. (Rehusando el brazo de Jorge.)
- JENY. Es que voy algo cansada.
- GEN. ¿Tú, hija mía? Pues bien, apóyate en mi brazo.
- JENY. Con una condición. Que usted se apoye también en el de mi hermano.

- GEN. ¡Jeny!
- JENY. ¡Por qué no?... (Con tono de súplica.)
- GEN. ¡Sea! ¡Vamos, Jorge! (Presentándole á éste su brazo.) ¡Si siempre hubiese usted vivido á mi lado!... (Jorge baja los ojos.)
- DOM. ¡Por aquí, mi General, por aquí!... (Guiándolos.)

ESCENA VIII

DICHOS, KEROUAN y ALÍ

- KER. ¡Jé, jél ¡Mi General! (Rebozando de gozo.)
- GEN. ¡Hola, mi buen Kerouan! Mira, Jorge, más vale que tú te adelantes, y veas si está todo corriente para la fiesta. (Éste saluda y se va.) ¿Tienes dispuestos ya los caballos de tu Marqués de Montclair? ¡Ya verás si valen menos mis bretones... ya verás!
- KER. No se trata ahora del Marqués ni de tus bretones... sino... de este mozo que aquí ves.
- GEN. ¿Este mozo?... ¿Un cazador de Africa?... ¿Tu Cristóbal?... (Mirándole.)
- ALI. ¡Mil gracias, mi General, por haberme conocido!
- KER. ¿Y ésto, General? ¿Y eso? ¿Y esto otro? (Señalando el galón de cabo, la cruz y la cicatriz, en el pecho de su hijo.)
- GEN. ¡Diablo! ¡Bien! ¡Muy bien!
- KER. ¡Ya estaba yo seguro de que se batiría como un verdadero bretón... sirviendo á las órdenes de Montclair!... ¡Oh! ¡Los Monteclairs, son de la antigua raza!...
- GEN. ¡No hay duda... y se ha aliado á la dinastía de Julio! (Con mal humor.)
- KER. ¡Eh! ¡Es verdad!... Confieso que me gustaría más que Cristóbal hubiese ganado su cruz sirviendo á los otros; pero en fin...
- GEN. Lo mejor habría sido, para que valiese eso la pena, que lo hubiera conquistado en tiempos... en tiempos del otro.

- ALI. (¡Anda! ¡Ahora me van á traer á vueltas con el otro y los otros! Pues ya veo que aún están á cada instante como los dejé hace seis años.)
- KER. (Animándose.) ¡Oh! Cuando nos batíamos en el Bocaje, era por la buena causa.
- GEN. Cuando entrábamos en Viena, en Berlín, en Moscow... ¡esa sí que era una guerra gloriosa!...
- ALI. Perdone usía, mi General; pero... si no he nacido en época tan buena, mi padre tiene la culpa... ¡Qué quiere usía!... Los soldados de hoy hacemos lo que se ofrece, aguardando otra cosa mejor.
- GEN. Yo no hablo de tí, Cristóbal... Pero todas esas cruces, todos esos coroneles, todos esos generales que por ahí ves, me causan compasión. ¡Qué vale un puñado de árabes al lado de la Europa entera, á la cual nosotros combatíamos!... Escaramuzas... sorpresas... combates parciales... tal es la miserable guerra que se hace por allá, y que se parece mucho á la que en aquel tiempo nos hacían en este obscuro país...
- KER. Donde tú y tus soldados azules, fuísteis, por más señas, batidos en varias ocasiones... (Vivamente.)
- GEN. Porque nos apiadábamos de estos pueblos rebeldes, al verlos cegados por el fanatismo.
- KER. ¡Os apiadábais! ¡Sí! ¡Quemando las aldeas, asesinando á los sacerdotes, fusilando á los prisioneros!
- GEN. ¡Kerouan, tú no tienes derecho á decir eso, puesto que vives aún, á pesar de que nos hacíais una guerra de bandidos!
- KER. Entre los cuales no faltó quien te recogiese herido del campo de batalla, donde los tuyos te dejaban abandonado.
- JENY. ¡Padre mío!..
- GEN. (Dándole la mano.) ¡Bien, bien; tienes razón, Kerouan, y ya sabes que nunca me olvido de él!... Pero la verdad es, que en tiempo de Napoleón se peleaba.
- ALI. ¿Cree usía, mi General, que nos acariciamos en Africa?
- KER. Y á las órdenes de Catelineau... no lo negarás, se lanzaba el soldado á la batería sable en mano, y se re-

ña a cuerpo á cuerpo. (Monteclain aparece con sus amigos; dice una palabra aparte á un Jokey, que desaparece.)

ALI. Pero padre, ¿se le figura á usted que los árabes me han enviado esta cuchillada por el correo?

KER. En fin, no hay mejor cruz que la de San Luis.

GEN. ¡Oh, las buenas cruces eran las concedidas por el Emperador!

ESCENA IX

DICHOS, MONTECLAIN, BRÍAS y los JÓVENES

MONT. General, el Emperador, lo mismo que el Rey, las daba en nombre de Francia.

GEN. ¡Mr. de Monteclain!...

MONT. Y el soldado que las gana en servicio de su país, debe llevarlas con orgullo.

GEN. ¡Señor Marqués de Monteclain!... Debo advertir á usted que no necesito sus lecciones. Ven, Jeny.

MONT. Perdone usted, General. Mi lección es muy pobre... y... ¡ni aun puede compararse con la que usted me dió hace algunos meses!

GEN. ¡Cuando á fuer de buen ciudadano cumplí mi deber!

MONT. Y como estoy seguro de que usted aprecia á cuantos cumplen el suyo, contráigo á mi vez el de decirle, que Cristóbal es tan buen soldado como el mejor que haya usted conocido.

GEN. No lo dudo, caballero. Yo puedo no hallarme conforme con usted en muchas cosas, pero estoy convencido de que Cristóbal es un joven esforzado, y sé que en el hecho de servir á sus órdenes de usted, tiene delante el ejemplo de valor y de... No tengo más que decir... ¡Vamos, hija mía! (Saludan á Monteclain, que se inclina profundamente delante de Jeny, y se entran en el parador, acompañados de los Jóvenes.)

KER. Vé tú á ocupar mi asiento al lado de Magdalena. Yo me quedo por aquí, pues aún tengo que pasar la última revista á los caballos. (Se van por distinto lado.)

ESCENA X
MONTECLAIN y BRIAS

- MONT. (¡Qué hermosa es!) (Siguiendo á Jeny con la vista.)
- BRIAS. A la verdad, Monteclain, que me admira tu cortesía hacia ese áspero anciano.
- MONT. Mira á su hija.
- BRIAS. ¡Oh, sería una venganza deliciosa!... (Riendo.)
- MONT. ¿Una venganza? ¿Qué dices, Brias? Contra una joven inocente... casta... pura... ¡Oh, dí más bien que fuera la más infame cobardía!
- BRIAS. ¿Pero tú la amas?
- MONT. ¡No lo sé!
- BRIAS. ¿Cómo que no lo sabes?
- MONT. No. Hace un año que la ví en París, adonde su padre había ido para sacarla del convento, el mismo día en que salió también la hija de ese buen Kerouan, que acaba de marcharse.
- BRIAS. ¿Hace un año, dices? Pues entonces fué cuando el ministro de la Guerra te mandó que volviesses á Argel, para poner fin al escándalo de tus amores con la ilustre Mercedes... aquella bailarina española.
- MONT. Estás en un error... Yo mismo fuí quien solicité mi vuelta á África. Una noche, en la Grande Ópera, ví entrar en un palco, que estaba frente al mío, á una joven cuyo aspecto movió en el público todo, un murmullo de respetuosa admiración. Ya conoces los defectos de mi carácter altivo. Había conocido á Jeny por su padre y su hermano que la acompañaban... y me puse á sostener, con la más imperturbable obstinación, que aquella joven carecía de los encantos que los demás ponderaban. Tenía á mi lado á Dorval y Lassin... Tú sabes que entrambos son de esos mulos de reata, que no tienen el ingenio de inventar una moda, ni el valor de abrigar un pensamiento propio... Los dos, por consiguiente, se adhirieron á mi opinión... y nunca, sin embargo, me pareció más estúpida la suya.

BRIAS. ¡Es particular!

MONT. Todo el mundo continuaba ocupándose de aquella belleza... y mi necedad llegó al punto de que yo fijase en la joven mis lentes con una constancia, poco política por cierto... ¡El General palideció!... Jeny se puso sonrojada... Retrocedí entonces. No ante la mirada iracunda del anciano, sino ante un rayo de luz, tranquilo, límpido y celeste, que emanó de los ojos de Jeny. En seguida me retiré, con disgusto profundo, á un rincón de mi palco... Mercedes acababa de presentarse, y el público la aplaudía furiosamente. Todas las miradas, toda la curiosidad, habían dejado á aquella niña angelical, para fijarse en mi graciosa española, que cruzaba aérea la escena, y que por primera vez yo era el único que no la tributaba mis aplausos... porque, arrastrado no sé por qué imán irresistible, espiaba á Jeny desde el fondo del palco; (Ana aparece en el fondo.) admiraba su inocente alegría, sus infantiles sorpresas, sus virginales emociones, y... me decía sin querer á mí propio... «Sí, allí, sobre esa escena, está la hermosura, la pasión arrebatada, la brillantéz de la conquista, la envidia de mil rivales... pero en aquel palco... se halla la inocencia... la calma... la dignidad... la estimación en el amor... la seguridad del porvenir...» Y poco á poco me llevaron mis ideas á tal punto, soñé de un modo tal en aquel contraste y en aquel ángel que tenía ante mis ojos... que aquella noche misma...

BRIAS. ¿Adorabas á Jeny?... (Riendo.)

MONT. No. Pero no amaba ya á Mercedes... y al día siguiente partí para Argel.

BRIAS. Hiciste bien. ¿Qué diablos quieres que suceda, amando á la hija de tu enemigo? (Ana aparece en medio de los dos.)

ANA. Voy á decírselo á usted, Brias.

BRIAS. Me alegraría saberlo.

MONT. Y yo también. Veamos, Condesa, qué sucederá.

ANA. Es muy sencillo. No sé cómo no se le ha ocurrido ya al buen ingenio de usted. (Á Montclair.)

MONT. No comprendo...

ANA. ¡Qué ajeno estará usted, amigo mío, de que yo lo sé todo!

MONT. ¿Todo?

ANA. De que acabo de saber cosas muy interesantes... ¡y quién sabe si de una gravedad que espantal...

MONT. Repito, que no entiendo. (Con ingenuidad.)

ANA. Pero vamos á lo que sucederá, señores. Descubierto el secreto por Mr. D'Esteve... (Con aire burlón.) Por supuesto, que aun cuando encierren á esa joven en un convento... usted organizará un rapto, que burle la más estrecha vigilancia, y hará de modo que entre las tinieblas de la noche caíga de una ventana á sus brazos de usted el ángel adorado... Marqués... ¡y usted era el que moralizaba!... ¡No lo hubiera creído!...

MONT. Es tan vulgar y de tan mal tono esa ironía... que no haría caso de ella... á no envolver sus palabras de usted un misterio... que ignoro... pero que en esos labios desde luego me ofende. Así, pues, y como nunca me ha gustado aparecer en ridículo á los ojos de nadie... salgo para Nantes dentro de dos horas.

BRIAS. ¿Cómo?

ANA. ¿Se va usted?

MONT. Sí. A pedir algunas noticias al duque de Hericy, mi tío...

ANA. (¡Cielos!) ¿Sobre qué? (Riendo.)

MONT. Sobre la muerte de una tal Isabel Pommier... que desapareció hace cinco años...

ANA. ¡Buen viaje, Marqués!... (Procurando dominar su turbación.)

MONT. Veré si me decido á hacerlo. (Mirándola con intención. En este momento se oye un toque de clarines. Una multitud numerosa de elegantes caballeros y damas, Jockeys y Aldeanos bretones atraviesan por el fondo.)

ESCENA XI

DICHOS y amigos de MONTECLAIN; luego, KEROUAN
y ALÍ

- MONT. ¿Oye usted? Las carreras empiezan. ¿Quiere usted hacer alguna apuesta, Condesa?
- ANA. Con mucho gusto. (Serenándose.) Y, para ello, podremos subir á mi cuarto. Es el de ese balcón, y se domina perfectamente el campo de batalla. Mejor estaremos que en esa tribuna, donde tan cerca hallaríamos á su enemigo de usted, el General.
- MONT. Acepto. ¿Quiere usted apoyarse en mi brazo? (Estas galanterías, puramente superficiales, deben hacerse con cierta ligereza, que no destruya la aversión que se tienen el uno al otro.)
- KER. (Saliendo.) ¡Esta sí que es desgracia! ¡Se portan bien los Jockeys de París! ¡El que usted había traído, se ha embriagado!
- MONT. ¿Sí? (No le mandé yo que hiciera tanto.)
- KER. Y como usted me escribió diciéndome que no era preciso que viniese conmigo Pornic...
- BRIAS. ¿Pero no has traído más que un Jockey?
- ANA. ¡Qué poca previsión!
- MONT. Ya encontraremos alguno.
- KER. ¡Precisamente Luis, el Jockey del General, es el mejor jinete de toda la comarca!...
- ANA. No creo que va usted á ganar la apuesta, Marqués.
- MONT. No importa. Fijémosla.
- ANA. Veinte luises contra usted.
- MONT. Convenidos. Brias, ¿quieres ser por un instante el caballero de la Condesa?
- BRIAS. ¡Señora!... (Ofreciéndola el brazo.)
- ANA. Marchemos. (Se van, y á poco aparecen los dos en el balcón.)
- MONT. ¿Dónde está tu hijo? (Á Kerouan.)
- KER. Allí. (Señalando al sitio de la liza.)
- MONT. Llámale.
- KER. ¡Cómo! ¿Querría usted por ventura que montase á

caballo con todo ese uniforme?... Pesará veinte libras más que las que permite el reglamento.

MONT. Llámale, repito.

KER. ¡Eh! ¡Cristóbal!... ¡Cristóbal!... ¿Está sordo ese muchacho? (Llamando.)

MONT. No. Pero puede haberse olvidado de ese nombre. ¡Alí! ¡Alí! (Alzando la voz.)

ALI. (Dentro.) ¡Mi coronel!

KER. Ven acá.

ALI. ¡Presente! (Saliendo á todo escape.)

MONT. (Aparte.) Escúchame bien. Nion acaba de emborracharse por orden mía... (¿Quieres montar la yegua castaña?)

KER. (Nuevo toque de clarines.) ¡La segunda señal! ¡Un momento! ¡Un momento! (Yendo al foro, y dirigiéndose á la colina, en tanto que el Marqués le habla al oído á Ali. Siguen hablando bajo.)

ALI. (¡Cómo! Esta es la vez primera que usía me manda una cosa semejante.)

MONT. (Lo quiero. Deseo dar este buen rato al General.)

ALI. (En tal caso, no replico. ¡Qué lástima! Yo que me las apuesto con el mismo Ab-el-Kader...)

KER. Vamos, vamos... ya están ahí los caballos. (Señalando á la izquierda.)

MONT. ¿Me has entendido?

ALI. Sí, señor. Procuraré... (Con pena.)

KER. Ahora veremos. (Á Ali)

ALI. No se lo aconsejo. (Yéndose.)

KER. ¿Eh? ¿Qué ha dicho? (Vase.)

VOZ. (Dentro.) ¡Plaza á los jinetes! (Suena el clarín.)

ANA. ¿Y mis veinte luises? (Al Marqués desde el balcón.)

MONT. ¿Apostamos cuarenta? (Kerouan sale con una escalera, que apoya en el árbol grande que hay á la izquierda.)

ANA. Sean.

MONT. ¿Qué, no vas á la tribuna?

KER. No, señor. Temo no poder contenerme, si hace un desatino... (Siguen en el balcón Ana y Brías.)

BRIAS. Condesa... los cuarenta luises de usted se quedan atrás. (Mirando á la pista.)

- MONT. ¡Se atreverá á ganar Alí, y á desobedecerme!
- KER. Es un chico que vale... (En la escalera.)
- ANA. Sin embargo, el Jockey del General adelanta ahora...
- MONT. ¡Respiro!
- KER. ¡Oh! ¡Ah! (Alarga la cabeza con inquietud, y en seguida baja.)
- MONT. ¡Sesenta luises! Yo conozco bien á Alí. (A Ana.)
- ANA. ¡Ciento!
- MONT. ¡Ciento!
- BRIAS. Alí vuelve á ganar terreno. (Kerouan ha estado oyendo la apuesta, y al oír á Brías, se anima y vuelve á subir la escalera contento.)
- KER. ¿No lo decía yo?

ESCENA XII

DICHOS y PORNIC

- PORNIC. ¿Pero dónde anda toda la gente? ¡Padrino! (Dando voces. Se oyen aplausos.)
- MONT. ¿Eres tú, Pornic? ¿Á quién buscas?
- PORNIC. ¡Dios guarde á usía, señor Marqués! Buscaba al señor Kerouan.
- MONT. Ahí lo tienes. Creo que le harás un favor con impedirle que vea la derrota de sus caballos bretones.
- PORNIC. ¡Que la vea! ¿No ha querido traerme? ¡Me alegro! ¿Dónde está?
- MONT. ¿No lo ves?
- PORNIC. ¡Ah! ¡Padrino! (Al pié de la escalera.)
- KER. ¡Calle! ¿Qué es lo que hace? Suéltale más bridas, más. (Mirando á la pista, y gritando.)
- PORNIC. ¡Padrino!
- KER. ¿Pero ha perdido el seso? ¡Si parece que lo está haciendo adrede! (Lo mismo.)
- MONT. ¡Ya lo creo!
- VOCES. (Dentro.) ¡Bravo! ¡Bravo! (Dentro toda la gente. Ana y Brías, desde el balcón, aplauden. Se repiten los aplausos, y se oye la música.)

- ANA. Coronel... me debe usted cien luises. (Desde el balcón y se entran.)
- KER. ¡Torpe! ¡Imbécil! ¡Y á eso llaman montar á caballo! ¡Miserable! (Bajándose de la escalera, y andando con ella á cuestras por la escena.)
- PORNIC. Padrino... he venido á...
- KER. Déjame. (Dejando la escalera. En este momento, mucha gente atraviesa otra vez la escena por el fondo, y en seguida salen el General, apoyado en Domingo, y reventando de gozo: encuentra á Monteclain, que se pasea sonriendo.)
- GEN. ¡Ah, señor Marqués!... ¡Señor Marqués! Todavía valemós algo... nosotros los de tiempos antiguos... Si no corremos ya, sabemos hacer correr... Jeny, Jeny... (Al bastidor.) soy contigo al instante. Quiero ir á ver á mi pobre Jockey. (Con aire de triunfo.) Se ha portado como un héroe, y merece... ¡Hasta la vista, coronel!... ¡hasta la vista!... (Se va, y Domingo le sigue.)
- MONT. ¡Bien vale esa alegría los cien luises! ¡Oh! Estoy seguro de que me aborrece mucho menos ahora.)
- KER. ¡No se lo perdonaré nunca! (Siempre perseguido de Pornic.)
- PORNIC. ¡Padrino!
- KER. ¡El diablo cargue contigo!
- MONT. ¡Pobre Kerouan! Dejemos que se le pase su inocente cólera, y vamos á consolar á Alí. (Vase. En este instante, sale Jeny con la señora de Brías y su hija, y varios Jóvenes y señoras. Monteclain saluda respetuosamente á Jeny, y luégo á las demás señoras, y se va. Todas ellas permanecen hablando en el fondo. Kerouan sigue paseando agitado y seguido siempre de Pornic.)
- KER. ¡Porque vienen de París ó de Argel, creen que todo lo saben!...
- PORNIC. ¡Eso es!... (Siguiéndole.)
- KER. Y porque trotan en el ejercicio sobre un triste caballo de la remonta...
- PORNIC. (En el mismo tono, y siguiéndolo. Jeny ha reparado en los dos con gran atención.) Un penco, lo que se llama un penco...
- KER. (Lo mismo.) Se figuran que son capaces de correr en animales de valía, de reputación, que tienen piés de

fuego y una boca de niño recién nacido. ¡Imbécil!
(Jeny, parada, le observa con más atención.)

PORNIC. ¡Imbécil! (Lo mismo, siguiéndole.)

KER. ¿Qué dices? (Parándose y volviéndose á Pornic. Las señoras y caballeros se dirigen hacia el parador.)

PORNIC. Digo... Imbécil... (Parándose.)

KER. ¡Cómo! ¿Y es así como tú hablas de mi hijo? ¡Tunante!

PORNIC. ¿Su hijo de usted? ¿Su hijo de usted? ¡Calle! ¡Era él!... ¡Me alegro!

KER. ¿Te alegras? ¡Pues toma! (Le da una bofetada.)

PORNIC. ¡Padrino!... ¡padrino!... sosiéguese usted... ¡Si yo quisese decir que me alegraba de su vuelta! (Entran todos en el parador; Jeny se queda observándolos.)

KER. ¿Pero á qué has venido aquí?

PORNIC. Es que... ayer... la señorita Luisa...

KER. ¿Mi hija? ¿Le ha sucedido alguna cosa? (Jeny escucha con gran cuidado.)

JENY. (¡Hablan de Luisa!)

PORNIC. Hizo... como si dijéramos, un lío de ropa... y me dijo que, aunque había pasado en casa de su hermana de usted tres meses, y sólo hacía cuatro días que estaba de vuelta... iba á volverse allá, mientras usted se estaba por aquí.

KER. Bien, ¿y qué?

PORNIC. Que... en seguida... me dijo: «Si cuando mi padre venga de las carreras no he vuelto yo... dale esta carta.» (Sacándola.)

KER. ¿Esta carta? ¿Y por qué me la traes aquí?

PORNIC. Porque... al decirme eso... la señorita Luisa tenía los ojos tan hinchados... como de llorar... y una voz tan ronca... La verdad, me asusté... enganché un carro... y... he venido á traer el billete.

KER. No comprendo... ¡Magdalena! ¡Magdalena! (Llamando, y luego á Pornic) ¿En dónde está, torpe? ¡Me das la carta cuando te consta que no sé leer! ¡Magdalena!

JENY. ¿No podría yo reemplazarla, Kerouan? (Acercándose visiblemente.)

- KER. ¡Cómo! ¡Tanto honor .. señorita Jeny!... Con mil amores... Usted es la amiga de Luisa... y estoy bien seguro de que sentiría usted mucho cualquier cosa que á ella le hubiese acontecido. ¿Qué es lo que tienes tú que hacer aquí? (A Pornic. Éste se acerca á escuchar; Kerouan le coje de una oreja y lo lleva al fondo de la escena; entre tanto, Jeny lee para sí la carta.)
- JENY. (¡Gran Dios!)
- KER. (Volviendo al lado de Jeny.) ¡Vaya, lea usted, lea usted; ¡Me late de tal suerte el corazón!... ¿Qué es lo que dice? ¿Está mala por ventura?
- JENY. No... no... (Sin saber qué responder.)
- KER. ¿Pero qué es lo que dice? (Aplica el oído, para oír la carta que Jeny no lee.)
- JENY. Que ha sabido que su tía Susana está enferma... y parte para cuidarla.
- KER. ¡Ah! Bien. Ya me lo dijo Pornic. ¿No hay más?
- JENY. No hay más.
- KER. ¡Es singular! (Después que toma la carta á Jeny, y pasando su vista por ella como admirado de sus pocos renglones, entra Monteclair.)
- MONT. Y bien, pobre Kerouan, ¿se ha aplacado tu cólera contra Alí?
- KER. (Tomándole de la mano y llevándole aparte.) Una palabra, señor Marqués.
- MONT. (A Kerouan, que le ha hablado bajo; Jeny muestra grande inquietud.) ¿Quieres que te lea esa carta?
- KER. ¡Sí, al instantel
- JENY. (¡Dios mío! ¡Está perdida!)
- MONT. (¡Qué inquieta está Jeny! ¿Qué será esto?) ¡Pero si ya la señorita Jeny te la ha leído!... (Con intención.)
- KER. ¡No importa!
- MONT. (¡Acertél)
- KER. Me la ha leído de un modo que... En fin, léala usted.
- MONT. Bueno. (Lee para sí.) ¡Cielos!
- KER. ¿Y bien?
- MONT. Nada. La señorita Jeny te dijo que...
- KER. Que mi hija partía, para asistir á mi hermana Susana...

- MONT. (¡Oh, noble criatura! Pues eso es ..)
- KER. ¡A mi hermana Susana, que está enferma!
- MONT. Que está enferma; cabal... No hay en la carta otra cosa que lo que te ha leído esta señorita, á cuyos piés tengo el honor de ponerme.
- JENY. (¡Ah, me ha comprendido!) (Le devuelve el saludo.)
- KER. ¡Es extraño! La carta me parecía más larga. (Pensativo.)
- MONT. Porque me pone en ella las cuentas de la alquería para que yo las apruebe.
- KER. ¡Yal! (Alarga la mano para tomar la carta; Monteclain se la guarda.)
- MONT. Las revisaremos un día de estos.
- JENY. (¡Oh! ¡Si yo pudiese llegar allí, antes que Kerouan! (Vase.)
- GEN. (Dentro.) ¡Domingo!
- KER. (A Alí, que entra.) ¡Te has portado por vida mía! (Al verle.)
- MONT. (¡Gracias, mi fiel Alí!) (A él.)
- KER. A ver si nos volvemos á la alquería... ¿No dijiste que habías traído un carro?... (A Pornic.)
- PORNIC. ¡Pero si... Cristóbal! (Mirándolo.)
- KER. El carro, ¡necio!
- PORNIC. ¡Ahí fuera está!... (De mal humor. Entra el General, con Domingo y su hija; Ana, Brías y los otros jóvenes salen del parador.)
- GEN. No, no. Quiero irme en compañía de Kerouan! (A Jeny.)
- JENY. (¡No puedo salvarla!) (Echa una mirada de súplica á Monteclain, que la comprende.)
- MONT. Perdone usted, General, pero necesito de Kerouan y de Alí, por un par de días.
- GEN. Caballero, Kerouan es su arrendatario, y no me opongo...
- KER. Pero, señor Marqués...
- MONT. Es preciso...
- PORNIC. Entonces, partiré solo...
- MONT. Quédate también.
- ANA. (No se va.)
- MONT. ¡Adiós, mi General!
- GEN. ¡Adiós, Marqués!

- JENY. (¡Oh, mil gracias, en nombre de ella!) (Al irse, á Montclair.)
- MONY. Sálvela usted, si es tiempo.
- ANA. (Se hablan bajo. ¡Ah! Pornic no ha mentido. Ya tengo un arma poderosa para triunfar.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El teatro representa la entrada de la alquería de Kerouan. A la izquierda del espectador, puertas que conducen á las habitaciones interiores, y fachada de la casa. Al fondo, una especie de cercado ó empalizada, cuya puerta está formada por dos barras de madera; más allá de la empalizada, un árbol pintoresco. A la derecha del público, asientos de piedra bajo un emparrado, y sillas colocadas expresamente, como para celebrar una fiesta.

ESCENA PRIMERA

MAGDALENA; LUISA, sentada; PORNIC, colocando las sillas

MAG. Vamos, despacha. (A Pornic.) Tanto tiempo para nada.

PORNIC. No corre prisa.

MAG. ¿Pues? ¡Daremos lugar á que todo el mundo venga... y yo no me habré puesto ni siquiera una flor!

PORNIC. ¡Coqueta!

MAG. ¿Coqueta, porque quiero presentarme como es regular en la fiesta de hoy?

LUISA. ¡La fiesta de hoy!... (Con amargura.)

MAG. ¡Con qué tono lo dices! Nadie lo creería... Al fin es tu cumpleaños, y el señor Marqués do Monteclain ha querido que se celebre con toda solemnidad. ¡Qué buen amo! ¿No es cierto? A ejemplo de sus antepasados, ha mandado preparar una fiesta; y como no hay en su castillo dama alguna, te ha nombrado la reina del baile. Y eso, que no faltan por estos contornos se-

ñoras de París, que pudieran... Ha convidado á todos sus amigos.

LUISA. ¡Qué suplicio! (Aparte.)

PORNIC. Por señas, que apenas volvimos de las corridas, hace cuatro días. no se ha ocupado de otra cosa. ¿Ha visto usted, señorita, qué bien ha mandado adornar la alameda del parque?

MAG. Pero, Luisa, ¿es posible que nada te haga desechar esa tristeza?... Vamos, vamos. ¡Si mi tío Kerouan viniese y te encontrara así...!

PORNIC. ¡Ya baja! ¿No sabes que está con el General, recorriendo estos alrededores desde esta mañana? ¡Y qué trabajo le ha costado reducir al viejo á que asistiese á la fiesta! No quería admitir el convite del señor Marqués... Pero el señor Kerouan es más testarudo, y hasta que lo consiguió.. Si el otro supiera.. (Con malicia.)

MAG. ¿Qué?

PORNIC. Nada. (No tardará mucho.)

MAG. Alguna habladuría de las tuyas.

PORNIC. ¡Pues!

LUISA. ¡Siempre estáis riñendo!

PORNIC. Porque en todo se mete.

MAG. Porque te conozco, y sé lo mal que piensas siempre de todo.

LUISA. Basta.

MAG. (A Luisa.) Mira, sin ir más lejos, el sobresalto que causó hace cuatro días á tu padre, cuando le fué á llevar tu carta á las corridas.

LUISA. (¡Cielos!)

PORNIC. Yo...

MAG. (Imitándole.) ¡He visto llorar á la señorita Luisa!... ¡Me he asustado!... ¡Puro pretexto para irse allí á divertirl!

PORNIC. ¡Mientes!

MAG. Hemos vuelto... ¿Y qué? Te encontramos lo mismo que siempre. Ni aun siquiera tuviste necesidad, según nos han contado, de visitar de nuevo á tu tía,

pues supiste después que estaba mejor. ¿Qué dices á eso?... (A Pornic.)

PORNIC. ¿Qué sé yo?

MAG. ¡Ah! ¡La señorita Jeny!... ¡Ya deben estar cerca el General y tu padre! Yo voy á adornarme un poco. (Vase por la izquierda.)

LUISA. Sí, sí.

PORNIC. Y yo también quiero adornarme... Me voy á poner mis zapatos nuevos. (Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II

LUISA y JENY

LUISA. ¡Jeny! ¡Jeny! ¿Eres tú?

JENY. Sí, yo que me he adelantado á mi padre, para prestarte la serenidad de que careces, y rogarte que no noten en la fiesta tu profunda melancolía. Animo, Luisa, mi buena amiga. Es preciso que no des que sospechar á nadie...

LUISA. ¿Y podré, por ventura?... ¡Si conocieras, Jeny, lo que sufre mi alma, la honda desesperación que me consume!... ¡Oh! ¡Soy muy desgraciada!

JENY. Acuérdate á qué horribles extremos esa desesperación iba á conducirte hace pocos días.

LUISA. ¡Ah! Si tú no llegas á impedirlo...

JENY. ¡Te hubieras dado la muerte! ¿Y tu hijo, Luisa? ¿Y el cielo?

LUISA. Pero... ¿no comprendes que esta situación no puede prolongarse? He vivido ausente de mi padre tres meses, fingiendo hallarme en casa de mi tía, á veinte leguas de aquí, y cuando menos se espere, una carta de ella, el menor incidente, descubrirá que en ese tiempo no he estado una vez sola donde mi padre me juzgaba... ¿Qué haré entonces, Jeny? ¿Confesar que presa de crueles remordimientos, había ido á echarme á tus piés, y que, como á mi única amiga de la infancia, te había revelado parte de mi fatal secreto?

JENY. ¡Por Dios!... (Mirando á todos lados.)

LUISA. ¡Que tú te apiadaste de mí, que me aconsejaste esa ausencia, para evitar los males que me amenazaban, y me confiaste al cuidado de esa pobre anciana, en cuya cabaña existe oculto desde entonces el fruto de mi infeliz pasión! ¡Ah! ¿Qué será de él, de mí, el día funesto en que todo se descubriera? Pero tú lo protegerás como hasta aquí, Jeny, tú que frecuentemente vas á llevarle los ósculos de amor, que su madre no puede estampar en su frente pura; tú no lo abandonarás, si yo muero.

JENY. Siempre ese mismo pensamiento.

LUISA. ¡Siempre!

JENY. ¿Y por qué, Luisa? ¿Tan pocas esperanzas tienes en el porvenir?

LUISA. Ninguna.

JENY. ¡Oh!... ¡Imposible! ¡Ya es fuerza que yo sepa el nombre que con tan increíble tenacidad me has ocultado hasta ahora... á mí, tu fiel amiga, á quien nada reservaste nunca!...

LUISA. ¡Jeny... perdóname... no puedo!...

JENY. Pero... ¿será esè hombre capáz de dejarte abandonada á tu dolor? ¿Quién es? ¡Habla!

LUISA. ¡No, no!

JENY. Pues bien, desisto por ahora de saberlo. Tu amistad... no lo reservará por mucho tiempo á la mía...

LUISA. Tal vez.

JENY. Desecha esas terribles ideas que te persiguen; alienata, mi querida Luisa... Dios no ha querido que cometieses el crimen que meditabas. Dios, sin duda, puso en mi mano la carta que á tu padre escribiste... ¡Un suicidio! ¡Luisa!... ¿No sabes que es el mayor de los delitos? ¡Oh! Por fortuna pude llegar á tiempo. Yo te ayudaré á soportar tus dolores, yo invocaré contigo la clemencia del cielo... yo seré el apoyo de tu hijo, suceda lo que quiera... Ya sabes que no estoy sola para velar por él.

LUISA. Sí, sí... El Marqués de Monteclair... esa alma generosa...

- JENY. Aunque sin conocerme, se asoció desde luego á mis sentimientos... ¡Oh! ¡los nobles corazones tienen un mudo lenguaje para comprenderse sin la menor palabra!
- LUISA. ¡Con cuánto placer le vería dichoso!... ¡Es tan digno de ser amado!... ¡Jeny!...
- JENY. (Tristemente.) ¡Oh! ¡no prosigas!
- LUISA. ¡Cómo!
- JENY. Nada. Dejemos esto, y piensa que tu padre debe llegar en el instante... Yo me adelanté á pocos pasos de aquí...
- LUISA. ¿Y el tuyo asistirá también á la fiesta?
- JENY. Para marcharse en seguida. El paseo le ha fatigado mucho, y aún no habría venido, si hubiésemos encontrado á Jorge, á quien en vano aguardábamos hace más de una hora, para que me acompañe.
- LUISA. (Turbada.) ¡Jorge... va á venir!...
- JENY. Sí... mas para nada puede contarse con él... ¡Tan alegre, tan bullicioso en otro tiempo, y ahora presa de un dolor y de una melancolía inexplicable!
- LUISA. Y... tú no sabes... (Con ansiedad.)
- JENY. ¡Silencio! Hé aquí á tu padre y al mío.
- LUISA. ¡Ah! ¡Su presencia no te asusta! ¡Tú eres dichosa!

ESCENA III

DICHAS; KEROUAN, EL GENERAL, ALÍ y DOMINGO; después, PORNIC, MAGDALENA y dos CRIADOS de la Alquería.

El General sale apoyado en el brazo de Kerouan. Al tiempo en que va á pasar la puerta, Alí salta rápidamente por encima de la empalizada con su fusil de caza, y se cuadra militarmente delante del General.

- ALI. ¡Fuera de enmedio!... (A los criados.) ¡Firmes!... ¡Presenten!...
- KER. ¡Hola! ¿Eres tú, Cristóbal?
- GEN. (Sonriendo.) ¡Buena apostura!
- DOM. ¡Yo las he visto mejores!

- KER. Y... ¿qué vienes á anunciarnos tan solemnemente? (A Ali.)
- ALI. Que los mozos del país llegarán pronto con la música al frente, á buscar á la reina de la fiesta.
- GEN. ¿Ves lo que te decía? (A Kerouan, señalando á las dos jóvenes.)
- KER. ¿Qué?
- GEN. ¡Siempre hablando en secreto. (A Jeny.) ¡Cualquiera que os viese así á todas horas, creería que teníais ambas que gobernar un reino!
- LUISA. Era yo... yo sola, señor General, la que hablaba con Jeny.
- KER. Y has hecho bien. ¡Qué diablos! No parece sino que al esperar una fiesta, no tienen de qué charlar dos muchachas.
- GEN. (A Jeny.) ¿Tanta prisa por adelantarte á nosotros, y aún no has ofrecido, según veo, tu regalo á Luisa?
- JENY. (Acordándose.) Se lo estaba anunciando precisamente. (Saca una cajita.) Estos son los pendientes. (A Luisa.) Admítelos, como prueba de nuestra amistad.
- KER. ¡Hombre!... (Al General.)
- GEN. ¡Son cosas de chicas!...
- LUISA. Te agradezco...
- JENY. Voy á ponértelos. (Lo hace.)
- KER. Muchas gracias, señorita Jeny...
- JENY. Te están muy bien.
- KER. (Al General, señalando á Luisa.) Es muy hermosa, ¿no es verdad? ¡La quiero tanto!
- GEN. ¿Más que yo á la mía?
- KER. Lo mismo. (Sale Magdalena.)
- DOM. ¡Hola, graciosa Magdalena!
- MAG. Buenos días, señor Domingo... Mi General...
- PORNIC. (Entrando.) (Ya están aquí todos... No... todos, no...) (Con intención.)
- GEN. ¡Adiós, muchacha!... ¡También es muy linda!... ¡muy graciosa! (A Kerouan.)
- DOM. Muy graciosa. (Por detrás de ella y á su oído. Se presenta Jorge.)

- MAG. ¡Dale! (Retirándose.)
- LUISA. (Es él.) (Con gran emoción al verlo.)
- GEN. Vuelve á darme tu brazo, Kerouan. Hoy me tiene la gota completamente inutilizado. Y ya que mi señor hijo...
- JORGE. Aquí estoy, padre mío.
- JENY. ¿Qué tienes? (A Luisa, viendo su turbación.)
- GEN. ¡Ah! ¿vino usted al fin, caballero? No parece sino que se esmera usted en recordarme faltas, que yo, en cambio, desearía olvidar. (Se coge del brazo de Jorge.)
- KER. (¡Vamos, vamos, sé más indulgentel)
- PORNIC. (¡Si no vendrá!)
- GEN. (A Jorge.) Qué... ¿no felicitas á Luisa por su cumpleaños?
- JORGE. (¡Cielos!) Sí, iba...
- LUISA. Yo agradezco en el alma... (Se oye muy lejano ruido de música.)
- KER. Dejémonos de salutations. ¡Ah! Ya oigo el ruido de la música. ¡Y cuánta gente llega! (Asomándose á la empalizada.)
- MAG. ¡Qué gusto! (Jorge y Luisa se están mirando oculta y fijamente.)
- KER. ¡Calle! ¡Y todos los señores y señoras que hay en estos alrededores, con el señor Marqués á la cabeza!
- GEN. ¡El Marqués!... (Enojado.)
- ALI. ¡Mi coronell... ¡Viva!...
- GEN. Adiós, Kerouan.
- KER. ¡Cómo!... ¡cómo!... ¡Simón, amigo mío!...
- GEN. ¡Me voy!
- KER. ¿Te vas?
- GEN. Cedo el puesto á Mr. de Monteclain, y me llevo á mi hija.
- KER. ¡Oh!
- GEN. Ya sabes que estoy muy cansado, que te decía que pensaba retirarme...
- KER. ¡Pero Jeny!... ¡Eso no es regular!... Simón, tu hija debía acompañar á la mía, y nos haces un público desprecio... á nosotros...

- GEN. ¡Yo despreciartel... ¡Kerouan!... ¡á tí, mi más antiguo amigo!... No, no... Si has de creer semejante cosa... que se quede Jeny con su hermano y Domingo... Yo, lo repito, me voy... Creo que, dejando á Jeny, hago por tí lo que no haría por nadie.
- KER. Pues bien; sea enhorabuena. Pero... yo no quiero que estés solo en tu quinta. Y en cuanto reciba al Marqués, corro á buscarte, y nos iremos juntos allá.
- GEN. Me alegro. Así charlaremos... Domingo, sígueme: pronto volverás al lado de Jeny.
- JENY. Pero, padre mío, ¿se va usted?
- GEN. Hija... la gota y... Adiós, Luisa. Quiero que Jeny se quede contigo... es mi gusto. Jorge, (Aparte.) acuérdesse usted de que el otro día se atrevió Mr. de Monteclain á convidar á su hermana de usted á un baile, á pesar de nuestra conocida enemistad. A usted le confío el honor de Jeny... Me voy tranquilo...
- JORGE. Puede usted estarlo.
- GEN. Adiós.
- PORNIC. (¡La deja sola!) (Con malicia.)
- KER. Espérame.
- GEN. No tardes... (Vase con Domingo por la izquierda.)
- KER. (Abrazando á Luisa.) ¡Dame un abrazo, tesoro mío! Hoy todo el mundo se agolpa á tu lado para festejarte... ¡Qué linda estás!... ¡qué linda! ¡Si tu pobre madre te viese!... ¡Ah! ¡pero ésta no es ocasión de entristecernos!... ¿También tú? (Viéndola enjugar sus lágrimas.)
- JORGE. (¡Qué tormento!)
- KER. Has dado ahora en llorar á cada instante...
- JENY. Luisa... (Suena la música muy cerca.)
- PORNIC. Ya están aquí. (¡Y ella!)
- KER. (Besándola en la frente.) ¡Ea, ya pasó, ángel de mi vida!
- JORGE. (¡Ana!) (Mirando al foro.)

ESCENA IV

KEROUAN, LUISA, JENY, ALÍ, MAGDALENA, JORGE, MONTECLAIN, ANA, BRÍAS, MME. DE BRÍAS, JÓVENES amigos de Monteclain, SEÑORAS, ALDEANOS, ALDEANAS y MÚSICOS campestres; después, DOMINGO

Los Músicos vienen delante, tocando canciones del país, y abren calle en la puerta de la empalizada á la comitiva. Monteclain viene dando el brazo á Mme. de Brías, Brías á Ana, un Joven á Mlle. de Brías; los otros á las demás Señoras. Monteclain trae un ramo de flores, y lo mismo los Aldeanos, que vienen los últimos.

- KER. Señor Marqués... (Adelantándose: cesa la música.)
- MONT. ¡Adiós, mi buen amigo!... Señorita... (Saluda á Jeny; en seguida se dirige á los demás, y señala á Luisa.) ¡Hé aquí la hermosa reina de nuestra campestre fiesta, señores! (Luisa se inclina. Se sueltan unos y otros.)
- MME BR. (A todos.) ¡Es muy linda! Buenos días, Jeny.
- JENY. Señora. . Matilde, me alegro de verte á nuestro lado. (A ésta.)
- MONT. Querida Luisa... admita usted mi sencillo homenaje de afecto, y el que además le ofrecen sus buenos amigos. (Presenta su ramillete á Luisa, y lo mismo los Aldeanos.)
- ANA. (Es original toda esta ceremonia.) (A Brías con risa burlesca.)
- BRIAS. (¡En algo hemos de pasar el tiempo!) (A Ana. Magdalena va poniendo á un lado los ramilletes. Pornic se ha acercado á Ana, mirándola con señales de secreta inteligencia; Jeny habla con Matilde Brías y su madre.)
- KER. Tanto honor, señor Marqués, me ahoga de alegría.
- MONT. Luisa lo merece.
- LUISA. ¡Ah! ¡es usted el más noble, el más...! (A Monteclain.)
- MONT. (¡Prudencia!) (A ella.)
- ANA. (Ya sabes lo que has de hacer.) (A Pornic, que se confunde con los Aldeanos.)
- BRIAS. ¿Y no nos honrará el General esta mañana? (A Jeny, pasando á su lado.)

- JORGE. (¿A qué ha venido usted?) (Jorge se ha acercado á Ana, y le dice velozmente el aparte último; lo mismo ella.)
- ANA. (Por su respuesta. Ya le he dicho que quiero su nombre.)
- JORGE. (Jamás, señora.)
- ANA. (Bien. Pronto usted y mis demás enemigos no podrán impedir que lo lleve... cuando el apellido D'Esteve... no pueda ostentar ese orgullo que le distingue...)
- JORGE. (¿Cómo?)
- ANA. (¿Qué decide usted?)
- JORGE. (¡El desprecio, el odio para siempre!)
- ANA. (¡Lo veremos!)
- JORGE. (¡Infeliz de usted, si hubiese tramado alguna de sus infernales intrigas!)
- MONT. Ocupe la reina el puesto que sus gracias le han conquistado. Señores, tomemos asiento. Van á bailar mis fieles compatriotas, y aunque no resonarán en estos sitios los agitados vales de la corte, las amenas danzas del país tienen toda la poesía necesaria para que olvidemos por algunos instantes nuestros espléndidos saraos. (Todos se sientan. Kerouan, que ha estado antes hablando con el Marqués, como pidiéndole permiso para retirarse, se va. Los convidados ocupan las hileras de sillas de la derecha; algunos quedan de pié. Los Aldeanos, Magdalena y Pornic se colocan á la izquierda, y también algunos Jóvenes elegantes. Jorge está entre ellos, recostado de pié sobre el muro de la casa y con los brazos cruzados; contempla con la vista fija y tristemente á Luisa, que, sentada en la primera silla de la hilera por el lado del público, no aparta tampoco su vista de él. Al lado de Luisa está sentada Jeny; después, Matilde y su madre. Monteclain está también en pié detrás de Luisa y Jeny, con una mano apoyada en uno de los espaldares, é inclinándose de vez en cuando, mientras dura el baile, á hablar con Jeny y Luisa. Ana está sentada al lado derecho con Mme. de Brías y su hijo: detrás de él, y en pié, varios Jóvenes, que la observan. Los Músicos se colocan en el fondo. Tocan un baile, se adelantan seis Aldeanos, y danzan al compás. Sería oportuno un coro, que acompañase al baile campestre. Ana observa á Monte-

clain hablar con Jeny, y se supone que hace algunas observaciones sobre ellos á los Jóvenes que la cercan, y que acogen con risa las palabras de Ana. El baile cesa, y lós Aldeanos aplauden.)

ANA. (A Brías y demás que lo cercan.) ¿Se acuerda usted, Brías, de lo que le dije antes de llegar aquí? Mire usted á aquel ángel, palpitando bajo la mirada satánica de Monteclain.

BRIAS. ¡Y Jorge, como si nada viesel

ANA. Yo creo que Monteclain no necesita de las distracciones de Mr. Jorge.

JOVENES. ¿Cómo? (Bajo.)

MONT. (A todos.) Señores, propongo un paseo por la alameda del Parque. (Por los Aldeanos.) Allí disponen también estos buenos amigos algunos juegos. (Algunos se levantan.)

MAT. Dame tu brazo, Jeny.

BRIAS. En buen hora. (Toma del brazo á Ana y á su madre.)

ANA. ¿Vamos? (Todos empiezan á irse.)

ALI. Tú conmigo, primita. (Dando el brazo á Magdalena.)

MAG. Con mucho gusto. (Jorge, Luisa y el Marqués se quedan un poco atrás.)

LUISA. (Bajo, deteniéndole.) ¡Jorge... por piedad, una palabra!

MONT. ¡Luisa...! (Adelantándose, viendo el movimiento de ésta.)

JORGE. (¡Oh, que no sepa que usted conoce al hombre...!) (Al Marqués.)

LUISA. (Cielos!) (Comprendiéndolo.)

MONT. ¡Luisa, Luisa, he jurado ser su segundo padre! ¿Duda usted de mí?

LUISA. ¡Ah...! (Cubriéndose el rostro)

MONT. Jorge es mi amigo... Le aprecio tanto como á usted... ¡Silencio, per Dios! (Vase.)

ESCENA V

JORGE y LUISA

LUISA. ¡Jorge, Jorge! (Con acento irritado, pero comprimido.) ¡Ya me faltan las fuerzas! ¡Mi resignación ha llegado á su

colmo!... ¡Es preciso poner un término á esta horrible situación!

JORGE. ¡Luisa, valor!...

LUISA. ¡Valor... todavía! ¡Siempre esa misma palabra!... ¡Usted no sabe lo que estoy sufriendo!

JORGE. ¡Más bajo... más bajo! Pueden oírnos.

LUISA. Si desde hace dos meses hubiera usted procurado verme, no me vería obligada á hablarle á usted así... en medio de esta fiesta... Pero usted... usted... me ha dejado, durante todo este tiempo, triste, sola, desesperada...

JORGE. ¡Oh! ¡Si tú supieses, Luisa, los peligros que nos rodean...!

LUISA. Lo que yo sé, es que no puedo soportar mis tormentos... lo que yo sé es que, sin el cariño de su hermana de usted, hubiera puesto fin á mi vida... lo que yo sé...

JORGE. ¡Por compasión... sosiégate: una mirada, una palabra sola puede perdernos!

LUISA. Sí, tiene usted razón... Ya estoy tranquila... ya hablo bajo... ya me contengo... Pero... usted comprenderá... que no me es posible vivir de este modo, que... ¡Ay, me falta el aliento... me ahogo...! ¡Me es preciso callar...!

JORGE. Sí, acuérdate de lo que me tienes prometido.

LUISA. ¿Lo que yo he prometido á usted?

JORGE. Sí, esperar con resignación...

LUISA. ¡Esperar... siempre esperar!... Escucha, Jorge. Si tú me desprecias porque te amé al verte abandonado y casi aborrecido de tu padre; si quieres abandonarme porque he llorado contigo cuando herían tu corazón crueles tormentos; si no soy á tus ojos más que un objeto de desprecio... dímelo. Yo tendré valor para morir... Pero, créeme... no lo tengo contra ese silencio que te impones, y que me mata lentamente.

JORGE. Luisa, yo te amo, te amo como se ama á Dios... Mas pesa sobre mí una fatalidad espantosa, un secreto horrible.

LUISA. Sea cualquiera, habla, dímelo... ¿Eres, por ventura, culpable de alguna grave falta...? Tu padre te la ha perdonado, puesto que has vuelto á su casa... Yo, sí, Jorge... que no disfruto un instante de sosiego. Vivir en un continuo fingimiento; sonreír á mi hermano, tan sencillamente amable y bueno.. Abrazar á mi padre, á ese viejo y leal soldado de la religión y del honor... ver su inquietud cuando yo sufro, escuchar sus plegarias al cielo cuando lloro... ¡Ah!... ¡Este es un suplicio inexplicable! ¡Yo no puedo, Dios mío...! Le estoy usurpando sus caricias, robándole un afecto de que no soy digna... robándole... hasta el pan de su mesa, en la cual ocupo el puesto de mi madre... de mi madre, esposa fiel y casta, cuya memoria estoy ultrajando... ¡Oh, esto es demasiado! ¡Es preciso concluir de una vez! ¡Es preciso decir la verdad!

JORGE. Sería condenarnos á una muerte segura.

LUISA. ¡Tienes miedo de morir! (Con sarcasmo.)

JORGE. No, Luisa; pero lo tengo de verte sufrir otros más crueles tormentos.

LUISA. Entonces, ¿cuál es tu culpa? ¿Qué has hecho, desgraciado, cuando ni aun quieres que diga el nombre del hermano que me ha perdido á la hermana que me ha salvado? ¿No consideras que algunas veces ella se preguntará á sí misma que hasta dónde habrá llegado la infamia de mi crimen, cuando no me atrevo á revelar el nombre de mi cómplice?

JORGE. Mi hermana es un ángel, cuya inagotable bondad no te faltará nunca.

LUISA. ¿Pero esto no ha de tener un término? ¿No llegará nunca el día en que, expiada esa culpa tuya, cualquiera que sea, me puedas dar tu nombre rehabilitado ó perdido? ¡Qué! ¿ni un átomo de esperanza en el porvenir? ¡Jorge, no me hallo con fuerzas, con resignación bastante para combatir tan largos tormentos...! ¡Guarda tu secreto... pero yo diré el mío!

JORGE. ¡Por piedad!

LUISA. No, no. ¡Estoy viendo que para mí acabó todo... que

tus labios no pronuncian la menor palabra que mitigue mis penas, que tu amor sin duda es un sueño... una mentira... que me has engañado...! ¡Adiós!

JORGE. ¡Escucha!

LUISA. ¡Adiós! (Yéndose con resolución.)

ESCENA VI

DICHOS y MONTECLAIN

MONT. Deténgase usted, pobre Luisa.

LUISA. Señor Marqués... me es imposible... déjeme usted marchar.

MONT. Un instante siquiera.

LUISA. ¡Ni un día, ni una hora...! ¿Quién sabe si mañana no volveré á caer en la apatía horrible que mi desesperación engendra...? ¿Quién sabe si mañana no me verá usted muerta de dolor... ó loca...? (Casi llorando.)

JORGE. Marqués... usted que conoce nuestro secreto... no la abandone usted.

LUISA. ¡Sí... lo sabe todo! ¡Ha tenido compasión de mí! ¡Pero ignora que se me condena á vivir siempre deshonradal

MONT. Luisa, yo sólo sé que Jorge ha debido guardar su secreto, y que usted debe también callar todavía.

LUISA. ¡Ah! (Queda pensativa y llorosa.)

JORGE. (¡Usted conoce el misterio fatal de mi vida!) (Bajo al Marqués.)

MONT. (Si; y sólo tengo que decir á ustedes una palabra... Esperad...) (Idem.)

JORGE. (¡Esperad! ¡Ah, usted no sabe entonces...!) (Idem.)

MONT. (Más que usted propio quizá.) (Alto.) Pero velen ustedes sobre sí mismos... sobre su hijo.

LUISA. ¡Mi hijo! ¿Le amenaza, por ventura, algún peligro?

MONT. No sé; pero acabo de oír tan extrañas palabras hace pocos instantes... (A Luisa.) Corra usted á la cabaña de Marta, y ocúltelo en un lugar más seguro... sin olvidar que, para todo, mi casa es siempre para usted la de un hermano.

JORGE. Gracias, caballero. (Estrechándole la mano.)

- LUISA. Sí, sí... voy á ver á mi hijo. ¡Ah! ¿Quién se atreverá á arrancarlo de mis brazos? Su madre lo salvará de cualquier peligro que le amenace... (Vase corriendo.)
- MONT. Sígalá usted, Jorge; no la abandone usted... La alegría de ver á su hijo puede hacerla cometer alguna imprudencia.
- JORGE. ¿Pero qué riesgos son esos?
- MONT. La Condesa de Beauval...
- JORGE. ¡Infame! (Dentro aplausos y bravos.)
- MONT. ¿Oye usted? Han concluído los juegos. Tal vez se dirijan aquí. No se detenga usted en velar por Luisa.
- JORGE. ¿Y nos veremos luégo?
- MONT. En mi castillo... Adiós. (Vase Jorge.)

ESCENA VII

MONTECLAIN; después, ALÍ

- MONT. ¡Desventurados! ¿Se librarán de las viles asechanzas de la Condesa? Acabo de verla con Brías; he oído que hablaban de un niño oculto en una cabaña... Si la Condesa ha descubierto el secreto de Luisa... ¡La Condesa que lleva por doquiera la vergñenza y la desdicha!... ¡Es preciso castigarla de una vez! El duque D'Hericy, mi tío, no me ha contestado. Cuando él la arrojó de su casa, se vió sin duda impulsado por ese crimen misterioso que á ella se le atribuye. Sí, iré yo mismo. Lo mejor sería desde luégo enviar alguno á Nantes, y...
- ALI. ¡Mi coronel... mi coronel! (Rápidamente.)
- MONT. ¿Qué ocurre?
- ALI. Mi coronel... ¿usted no sabe lo que pasa? Una cosa lamentable. Se habla de una joven seducida.
- MONT. (¡Oh, había olvidado que él estaba aquí!) (Con terror.)
- ALI. De una noble señorita...
- MONT. (¡Respiro: no lo sabe aún, y puedo alejarle!)
- ALI. Y de un niño oculto no sé en qué paraje...
- MONT. (Vivamente.) ¡Calumnia inventada por algún miserable, á quien será preciso castigar!

- ALI. Pero... se citan circunstancias positivas, terribles, y... ¿sabe usted á quién acusan? (Mirándole y con empacho.)
- MONT. (Sin comprender que Ali habla por él.) ¡Mentiras! Infames suposiciones que piden una respuesta pronta y severa. Escucha, Ali... vas á partir al momento. Irás á Nantes á casa de Mr. D'Avantiennes... Ya le conoces.
- ALI. Si, señor.
- MONT. Le dirás de mi parte que es indispensable que venga en seguida á Monteclain, ó, más bien, tú mismo le traerás contigo.
- ALI. Pero si me pregunta...
- MONT. Puedes contestarle que se trata del asunto sobre el cual le tengo escrito... añadiéndole que va en ello la salvación de... mía, quiero decir.
- ALI. ¿De usted? ¿Y todo se arreglará?
- MONT. Lo espero. Al menos... nada habré omitido para lograrlo.
- ALI. (¡Dios lo haga, porque de lo contrario, el General la mataría sin remedio!) (Entrando.)
- MONT. Escucha: dí que preparen mi caballo.
- ALI. Bien, mi coronel. (Desde el bastidor.)

ESCENA VIII

MONTECLAIN; después, JENY

- MONT. ¡Ah, casi me sonrojo al entablar una lucha con una mujer, y harto he vacilado hasta ahora en emprenderla! Pero porque sea débil al parecer, y porque se arrastre por el suelo, ¿es menos temible la serpiente? (Va á salir, y aparece Jeny con un *bouquet*, que deshoja durante esta escena.)
- JENY. ¡Jorge, Jorge! (Buscándole agitada.)
- MONT. ¡Señorita! (Saludándola respetuosamente.)
- JENY. (Sorprendida y turbada.) Marqués, usted perdone; ¿ha visto usted á Jorge?
- MONT. No: ya sabe usted que sus sombrías meditaciones le alejan siempre...

JENY. Debía acordarse, sin embargo, de que papá no está aquí... Me hallaba yo con Mme. de Brías y esas otras señoras, y de pronto vino Mr. de Brías por ellas, que se alejaron, dejándome allí... No sé... casi me pareció que todos huyeron de mi lado. Entonces busqué á Luisa... tampoco la encontraba, y...

MONT. Es que... Luisa.. no ha podido resistir á los impulsos de su corazón, y ha ido á abrazar á su hijo.

JENY. Pero esa imprudencia puede perderla.

MONT. No hay cuidado: usted sabe que estoy dispuesto á proteger á Luisa y á salvarla.

JENY. ¡Oh! Si usted lo hiciese, no sería ella sola la que le tributsse su agradecimiento.

MONT. Luego, usted, señorita, ¿me autoriza para llevar á cabo la obra generosa que usted empezó tan noblemente?

JENY. Ya sabe usted que amo á Luisa como á una hermana.

MONT. Y yo también. También yo aprecio á la hija de mi noble y fiel Kerouan, de ese honrado y virtuoso anciano. Pero... hay ciertos grandes instintos, que sólo pertenecen á las almas celestiales... y si yo hubiese aprendido en usted que la bondad tiene sus inspiraciones como el genio, habría tal vez querido salvar á Luisa, pero no lo hubiera sabido llevar á cabo.

JENY. Por mi parte, Marqués, no he hecho sino lo que Dios prescribe á todos sus hijos... Así, pues, en vez de condenarla á la desgracia, le he tendido una mano para sacarla del abismo de sus tormentos. Tal era mi deber, y esto, á la verdad, no merece esos elogios que usted quiere tributarme.

MONT. Yo no sé, Jeny, si en la sociedad en que usted ha sido educada, se estiman semejantes acciones como un deber tan sólo que es preciso cumplir. Pero en la que yo he vivido hasta ahora, son tan raros esos nobles ejemplos, que no puedo menos de venerarlos, como emanaciones de la virtud más pura.

JENY. Veo que usted olvida, elogiando una cosa tan natural, que está asociado á ella, y que le pertenece quizá la mejor parte.

MONT. No, señorita, no. Porque usted sola me ha enseñado cuánta felicidad nos da el bien que hacemos á los otros. ¡Ah, usted no conoce esa sociedad mentirosa ó vana, entre la que he vivido tanto tiempo!. . ¡Imagínese usted un hombre encerrado desde su nacimiento en un vasto salón iluminado por mil y mil luces esplendentes! Todo lo vé á la luz de esa claridad ficticia, no conoce otra, y cree que aquello es la misma realidad, y aquello la brillantéz de un verdadero día... Pero... llega el momento en que se abren las puertas del salón, en que caen los muros que lo cercan, y en que un rayo purísimo de sol derrama de improviso su resplandeciente luz entre la palidéz de las bujías. ¡Oh, todo entonces aparece cambiado á los ojos de aquel hombre; todo se ilumina de nuevas y encantadoras tintas, de más ricas y alegres matices. El falso brillo que él antes admiraba, se confunde en las tinieblas, y la apacible verdad recobra su esplendor. Esto es lo que han hecho los rayos de su alma bondadosa de usted en la mía. Ahora conozco lo que es bello, lo que es grande, lo que es generoso... y... ¡usted me permitirá que le dé un millón de gracias!

JENY. Caballero... antes de alejarme de este sitio... quiero pedir á usted una gracia. Sé con quien hablo, y no temo el hacerlo. Usted conoce que yo solo puedo prestar consuelos á Luisa, en tanto que usted posee medios quizá para salvarla. Permítame usted, pues, confiar sólo en sus manos el cumplimiento de una buena acción, en la cual no podemos continuar unidos.

MONT. ¡Cómo!... ¡Desdeña usted él!...

JENY. No creo haber dado motivo para que usted abrigue semejante sospecha... Pero usted no ignora las opiniones de mi padre...

MONT. De que usted no participará.

JENY. En mi posición, caballero, no se juzga, se obedece.

MONT. Y en la mía, señorita, se comprende que esa obediencia es un castigo á que usted tal vez se condena.

JENY. No, Marqués. Yo no quiero que usted lo entienda de

ese modo... Aunque no acepte todo lo que sus palabras tienen de lisonjeras... Me inclino, desde luego, á creer que usted me ha juzgado demasiado bien, para para que no le quede duda de que yo sé tener una opinión y una voluntad propias. Esa voluntad, caballero, es, ante todo, el obedecer á mi padre y aceptar, por su tranquilidad y su dicha, todos los sacrificios que él quiera imponerme... Pero esa voluntad no es, sin embargo, el responder con inmerecidos desdenes á un hombre á quien sólo conozco por sus beneficios á una amiga á quien amo y sus respetos hacia mí. Ahora, pues... (Saluda y deja caer la última flor de su *bouquet*; Monteclair se apodera de ella con entusiasmo.)

MONT. ¡Jeny, Jeny! ¡Le juro á usted de nuevo salvar á Luisa! Y cuando lo haya conseguido, iré á pedir á su padre de usted la recompensa.

ESCENA IX

DICHOS, ANA, BRÍAS, MME. BRÍAS, MATILDE BRÍAS, CABALLEROS y ALDEANOS; después, DOMINGO y PORNIC

Ana ha salido algunos momentos antes de concluirse la escena anterior, y ahora se dirige á los que la acompañan.

ANA. ¿No preguntaban ustedes adónde había ido á parar la blanca paloma? Mírenla ahí.

MONT. (¡La Condesa!)

JENY. ¡Toda esa gente...! (Sobrecogida.)

MME BR. (¡Triste cosa es! .) (A Ana.) ¡Ven, hija mía!... (A su hija.)

JENY. ¡Ahl ¿Eres tú, Matilde? (Acercándosele inocentemente.)

MME BR. Perdone usted, señorita... mi hija no se separa de mí... (Con sequedad.)

JENY. ¡Matilde, tú también! (Con una dulce reconvención, al ver que se retira.)

MAT. ¡Yo obedezco á mi madre! (Con cierto tono. Todos están apartados de Jeny, y hablan en voz baja y mirándola.)

JENY. ¡Dios mío! ¿Qué quiere decir todo esto? (Se dirige al otro lado, y los que están en él se van retirando poco á poco.)

MONT. (Brías, ¿qué significa lo que acaba de hacer tu madre?)

- BRIAS. (Significa que la señorita de Esteve, se halla muy bien contigo, y que no debemos incomodarla.)
- MONT. (Furioso, aunque bajo.) ¡Brías! ¡Esto pide sangre! ¡No es verdad, señora?) (A Ana con orgullo y furor.)
- ANA. ¡Si usted lo ha querido!...
- JENY. ¿Eres tú, Mariana? (Jeny ha ido de un lado á otro sobre-cogida, dudosa y aterrada, y se encuentra ahora con ésta.) ¡Acompáñame á casa de mi padre! ¡Sácame lejos de esta gente!
- MAT. Perdone usted, señorita... pero más le valiera haberse abstenido de venir. (Con tono de reconvección y dirigiéndose á sus compañeros. El Marqués, indignado, se adelanta á Jeny.)
- JENY. Pero, ¿qué pretenden darme á entender todos?
- ANA. ¡Pretenden que...! (Con ironía.)
- MONT. ¡Silencio, señora! (Con energía. En este momento se oye un gran tumulto dentro: Domingo, pálido y furioso, entra, trayendo á Pornic violentamente y asido por el cuello, con un palo levantado sobre él: varios Aldeanos los siguen.)
- ALD. ¡Muera Domingo! (Movimiento general.)
- DOM. ¡Sella el labio, bribón! (A Pornic.)
- PORNIC. ¡Repito que es verdad!
- DOM. ¡Chito, canalla!
- MONT. ¡Ese miserable! ¿Qué se ha atrevido á decir?
- DOM. ¡Una vil mentira! ¿No es cierto, coronel? (Con energía.)
- JENY. ¿Qué es lo que sucede, Dios mío? (Sin saber lo que pasa ni lo que sucede al rededor suyo.)
- PORNIC. ¡Si yo he visto...!
- DOM. ¡Tunantel... (Tirándolo al suelo de un golpe, y dirigiéndose á todos.) ¡Y otro tanto haré con quien se atreva á repetirlo! ¿Lo oyen ustedes?... ¡Señores...! ¡Con todos hablo!
- BRIAS Y LOS OTROS. ¿Amenazas?
- JENY. ¡Domingo!
- BRIAS. ¡Esto es ya demasiado!... (Alzando su bastón sobre Domingo.)
- MONT. (Se ha arrojado entre Domingo y Brías, arrancando á éste el bastón, y lo arroja lejos.) ¡Señores!... Dentro de una hora aguardo á todos ustedes. Pero hasta entonces... de-

claro el más vil de los cobardes á cualquiera que se atreva á levantar la voz delante de esta joven. (Dándole la mano á Jeny.) ¡Tome usted mi mano, señorita... Es la de un soldado, es la de un hombre de honor, es la que convertirá en polvo á los impuros reptiles que hayan osado arrojar su veneno en el nombre que usted lleva! (Jeny le da la mano.)

JENY. (Asustada.) ¡Pero... yo no entiendo...! (Caminan lentamente. Monteclain la lleva de la mano con la cabeza erguida y dominando con su mirada á todos, ante los cuales va pasando Jeny. Profundo silencio entre tanto. Llegan donde está Brías. Monteclain se dirige á él con tono imperioso. Brías sonríe desdenosamente. Monteclain le quita el sombrero y lo tira.)

MONT. (A Brías.) ¡Salude usted, caballero...! (Brías se sonríe.)
¡Salude usted! (Con energía y tirándole el sombrero.)

BRIAS. (Furioso.) ¡Marqués!

MONT. ¡Dentro de una hora...! (Á Ana.) ¡Usted también!...
¡Saluda, infame! (A Ana pasando á su lado, en tanto que le sigue admirada y sobrecogida Jeny. Esto lo dice en voz baja: Ana permaneco inmóvil, pero aterrada á la voz de Monteclain, se inclina al pasar Jeny.)

DOM. ¡Y tú, de rodillas! (A Pornic, arrojándolo á los piés de Jeny. Pornic cae delante de Jeny. Momento de duda y silencio general. Monteclain se va con Jeny. Brías, al ver que se han ido, de pronto se dirige á todos sus amigos.)

BRIAS. ¡Dentro de una hora á casa de Monteclain!

DOM. (A Brías y demás Jóvenes, enarbolando el bastón.) ¡Y conmigo, desde luego, si os corre mucha prisa!

PORNIC. ¡A él!... (Levantándose y dirigiéndose á los Aldeanos.)

DOM. ¡Quietos! (Domingo logra contenerlos un momento. En tanto Ana aparta muy velozmente á Pornic y le dice en voz baja.)

ANA. (¡Deja á ese hombre y ven conmigo, Pornic. Aún puedes ganarte veinte luises! (Vanse los dos.)

ALD. ¡Muera Domingo! (Se abalanzan á él, que se defiende valerosamente con su bastón. El combate empieza y los concurrentes se apartan y dispersan. Caen el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El teatro representa un terrado de un jardín. La casa del General, á la izquierda. Un pabellón á la derecha, con una puerta al terrado y una ventana que da al público. Una mesa de jardín, colocada á la izquierda, cerca de la puerta de la casa. Al fondo, una balaustrada, que figura dominar la campiña. El General y Kerouan salen de la casa al levantarse el telón.

ESCENA PRIMERA

EL GENERAL y KEROUAN; después, PORNIC, en el pabellón.

GEN. ¡No me hables de él!

KER. ¡Bien! No pretendo saber tus secretos, puesto que no te conviene el confiármelos. Pero... créeme... á los hijos que han cometido culpas, por graves que sean, no se les trae al buen camino echándoselas en cara á cada momento. Con eso no se consigue más que endurecer su corazón, y el joven que no se ha perdido más que á medias, acaba por decirse á sí mismo... «Una vez que con nada consigo que me perdonen mis faltas, tanto me da el continuar en ellas.»

GEN. Yo te respondo que Jorge no se hará semejantes consideraciones. Tengo poderosas razones para creerlo.

KER. Pues entonces, ¿por qué eres tan severo para con él?

GEN. ¡Tan severo!... ¡Yal! ¡Tú no estás al corriente! ¡Créeme, Kerouan!... Si Jorge no hubiera hecho más que tantos otros á su edad... deudas, calaveradas... ¿piensas que yo me habría irritado?

- KER. ¡Diantre! ¡Si es más que eso!...
- GEN. Mira, lo mejor es dejar esta conversación á un lado, porque me voy á poner de un humor de todos los diablos, y no es para verme rabiarse para lo que has venido á pasar conmigo este rato... ¡Hola! ¡Luis... sentémonos, Luis! (Se sienta cada uno en un lado de la mesa, y sale Luis de la casa con dos pistolas de arzón.)
- LUIS. ¡Mi General!
- GEN. ¡Ah, lo que te mandé hace poco! (Viéndolo.)
- KER. ¡Calle! ¡Tus antiguas pistolas de arzón!
- GEN. (Tomándose las al Criado.) Bien, pero te has olvidado de mi otra orden.
- LUIS. (Haciéndose el desentendido.) ¡De la otra or...! ¡No sé, no recuerdo!...
- GEN. ¿Y el café, imbécil? ¡El café!...
- LUIS. ¿El... café, mi General? No había entendido...
- GEN. (Alzando la voz.) ¡El café!... ¡El café!... ¿Lo entiendes ahora? ¡Vamos, despáchate!
- LUIS. Es que... Es que no hay.
- GEN. ¡Cómo! ¿Que no hay café en mi casa, bribón?
- LUIS. (La señorita me ha prohibido que se lo sirva. ¡Le hace mucho daño!) (Aparte á Kerouan.)
- GEN. ¿Eh? ¿Qué es lo que te está diciendo?
- KER. ¡Sábelo, pues! ¡Que no hay café para tí!
- GEN. ¿Cómo se entiende? ¡Insolente! (A Luis.) ¡Desvergonzado! ¿Qué significa...? (Queriendo levantarse.)
- KER. (Obligándole á sentarse.) Significa que una taza de café te cuesta un fuerte ataque de gota.
- LUIS. El doctor lo repitió ayer mismo.
- GEN. El doctor y todos los doctores del mundo quieren echar la responsabilidad de su ignorancia á los alimentos del enfermo. ¡A fe que él se toma buenas tazas!
- KER. Sí, pero él no tiene diez heridas como tú, ni padece los reumatismos que te obligan á estarte meses enteros embutido en la butaca.
- GEN. (Con impaciencia.) ¡Eh! ¡Vamos!... ¿Vas ahora á hacer las veces de Jeny? ¿A regañarme como ella? ¿A echar-

me sermones? ¡Qué demonio! ¿Tiene uno un pobre día de libertad, y vas también á impedirlo?

KER. Como tú quieras, hombre; pero vas á ponerté malo.

GEN. ¡Me pondré!

KER. ¡Te volverán los dolores!

GEN. ¡Que me vuelvan!

KER. ¡Jurarás!... ¡Darás gritos!...

GEN. ¡Juraré... y los daré!... (Muy incomodado.)

KER. ¿Y eres tú quien exige de los jóvenes que sean razonables?... ¡Trae ese café! (A Luis.)

LUIS. ¡Pero... usted en cambio, señor Kerouan, dirá á la señorita que yo no he podido impedir!...

GEN. ¡Miserable! (Alzando el bastón; el criado se va corriendo.)

¡Me gusta, voto á brios! ¿No soy yo amo de mi casa?

¿Necesito, para hacerme obedecer, emplear la violencia?

KER. ¿Y cuentas entre tus medios quizá... ésas armas de fuego?

GEN. ¡Ah! ¡No por cierto! He mandado que me traigan estas pistolas, porque quiero hacer un regalo á cierta persona...

KER. ¡Cómo! ¿Regalar esas armas, que son una memoria del rey Murat?

GEN. Todavía no era rey cuando me las dió.

KER. ¿Y á quién destinás ese obsequio?

GEN. A un excelente muchacho que sabrá hacer buen uso de ellas. Murat las llevó durante cinco años, y llegó á ser rey; yo las he paseado un poco en el arzón de mi silla, y ascendí á General. Son armas de fortuna, y quiero que tu hijo las lleve á campaña... Veremos si le son tan útiles como á sus antiguos dueños.

KER. ¡Oh, mi buen Simón! (Estrechando sus manos entre las suyas.)

GEN. Luégo se las entregarás de parte mía.

KER. ¡No por cierto! ¡Él vendrá por ellas... para darte gracias y... porque siempre le será más lisonjero á él que tú mismo!... (Pornic aparece en el pabellón, sin ser visto.)

PORNIC. (He entrado por la huerta... ¡El diablo es sin duda la tal Condesa! Mandarme que tráiga á la misma quin-

ta..! ¿Pero á mí qué me importa? En ganando los veinte luíses... Veamos si puedo penetrar en la casa.)

GEN. Estas armas no podrán ser de las que hoy se usan... Pero cuando se saben manejar como en nuestros tiempos, no hay tiro más certero. ¡Eal Te hago una apuesta.

PORNIC. (¡El General!... ¿Qué haré?)

KER. Dí.

GEN. ¿A que meto la bala por el ojo de la cerradura de aquella puerta? (Dice esto último, levantándose y apuntando al pabellón.)

PORNIC. (¿Eh?) (Retrocede asustado.)

KER. Guarda.

GEN. ¿Qué?

KER. Me ha parecido oír ruido en ese pabellón.

GEN. ¿En el cuarto de estudio de mi hija? ¡Imposible! Pero en fin... haré otra puntería más difícil... (Bascándola.)

PORNIC. (¡No puedo penetrar en la casa! ¿Y qué importa? ¡Lo mismo da! Aquí lo dejo, y concluyo mi comisión antes de que me descubran. (Pone la cesta abierta sobre la mesa y se va.)

KER. (¡Qué diablo!... yo no me engaño... y...) (Mirando al pabellón.)

LUIS. Aquí está el café. (Trae una bandeja con servicio de café.)

GEN. ¡El café! ¡El café! (Animado.) ¡Vamos, Keroaán, siéntate. ¡Esta es la nuestra! (A Luis.) ¡Echa más! ¡Llena la taza... y el platillo también!... (Luis sirve el café.) ¡Y el aguardiente? ¡Torpe! ¿Lo has olvidado?

LUIS. Por lo que toca al aguardiente... juro á usía que no lo hay; mi palabra...

GEN. (Incomodado.) ¿Empezamos de nuevo?

KER. No te enfades, Simón. Vaya, Luis, obedécele. Yo no diré nada á la señorita Jeny.

LUIS. Sí, ¡como si no lo hubiese de ver ella misma! Precisamente acabo de descubrirla desde la ventana del comedor. Viene hacia aquí.

GEN. ¡Diantre! ¡Diantre!... Despachemos. (Bobo, y se quema.) ¡Bruto! ¡Me sirves el café ardiendo!

- KER. (A Luis.) Te has engañado sin duda. ¿Cómo ha de haber dejado tan pronto la fiesta?
- LUIS. ¡Cuando le digo á usted que sí! (Ha ido al fondo, y mirando al camino de la izquierda del público.) Usted mismo puede cerciorarse. ¡Vea usted! ahora sale de la alameda con el señor...
- GEN. Con Jorge, que habrá querido volverse.
- LUIS. ¡No, por cierto! Con el señor Marqués de Monteclain. (El General y Kerouan dejan al oírlo, las tazas.)
- GEN. ¿El Marqués de Monteclain?
- KER. ¡No es posible! (Va al fondo, mira, y baja lentamente.)
- LUIS. ¡Traen un paso!...
- GEN. (¡El Marqués de Monteclain!) (Pensativo.)
- LUIS. (Mirando.) ¡Calle! ¡Se dirigen á la puerta de abajo! ¡En dos minutos llegarán aquí! (Bajando á la escena, y al General.) Usía me disculpará con la señorita. (Yo me escapo.) (Vase.)
- GEN. ¡El Marqués de Monteclain! ¿Es verdad? (Á Kerouan.)
- KER. ¡Tomal Sí... (¿Qué quiere decir esto?)
- GEN. ¿Sola con él?
- KER. No es probable.
- GEN. ¿Y Jorge? ¿Has visto á Jorge?
- KER. No he mirado bien...
- GEN. ¡Ah! ¡Lo que yo temía! ¡Lo mismo que me impulsaba á no querer dejar sola á mi hija en esa fiesta! ¡Tú lo has querido... tú! (Con violencia.)
- KER. ¡Simón! (Con energía.)
- GEN. ¡Y ese miserable Marqués!...
- KER. ¿Qué? ¿qué?
- GEN. ¡Te digo que Monteclain es un cobardé: que tiene á gala el comprometer á las jóvenes honradas! Es mi enemigo... Habrá querido quizá vengarse de mí ..
- KER. ¿Qué dices?
- GEN. Lo ignoro... mas...
- KER. (¡No sé qué pensar! ¡Casi no me atrevo á responderle!)
- GEN. ¿Y Jorge? ¡Jorge! ¿En dónde está ese desdichado?
- KER. Pero. . Sosiégate... Tal vez le haya sucedido á tu hijo

algún accidente imprevisto... Y quizá venga Jeny á noticiarte...

GEN. ¿Con Mr. de Monteclain?... No... ¿Acaso habría allí faltado quien la acompañara? Tu hijo, Luisa, Domingo. ¡Todos... menos ese hombre! ¡Ah! ¡Yo sabré por qué ha venido! Ven, Kerouan. Dame el brazo. (Se agarrera del brazo de Kerouan, y en el momento que van á salir, entra Jeny por el fondo del terrado.)

ESCENA II

DICHOS y JENY

JENY. (¡Cielos!) (Se queda parada.)
GEN. (¡Sola!) (Volviendo maquinalmente á sentarse.)
KER. (Aquí hay algún misterio.) Dime, hija mía... (A Jeny, pausadamente.)
GEN. (¡Cállate!...) (A Kerouan, vivamente.) ¡Hola! ¿Eres tú, Jeny? (Esforzándose por parecer sereno.)
JENY. Sí, padre mío... Sí... (Adelantándose.)
GEN. ¡Has... venido muy temprano!
JENY. En efecto... Es verdad... Estaba con cuidado, y... he vuelto...
GEN. Sí; has vuelto... ¡y hé aquí que me sorprendes desobedeciendo tus órdenes!... Ya ves... estoy tomando café...
JENY. Si es ese su gusto de usted...
GEN. ¡Ah!... ¡No... me regañas hoy!
KER. (¡Simón!... ¡Simón!... ¡Calma!) (Al General.)
GEN. (¡Qué te calles!) (A Kerouan.) ¿Te... has divertido mucho en la fiesta? (A Jeny.)
JENY. ¡Oh! No, señor.
GEN. ¿No? ¡Y por eso sin duda te has vuelto tan pronto!...
JENY. No, padre mío, no.
GEN. ¿Y con quién? (Con enojo, dando en el suelo con su bastón.)
KER. Vamos, Simón... (Viendo á Jeny, que retrocede temblando.) Esa es mucha crueldad. Mírala ya temblando, pálida. Alguna desgracia ha sucedido. Estoy seguro de ello.

- Vaya, hija mía, explicame... ¿qué es lo que ha pasado?
- JENY. No sé...
- GEN. ¿Cómo? ¿No sabes?
- KER. ¡Simón! (Conteniéndolo.) Responde, Jeny... ¿dónde está tu hermano?
- JENY. No lo sé.
- KER. Pero... Alí, Domingo, Luisa...
- JENY. ¡No lo sé! (Llorando.)
- GEN. ¡Oh! ¡Eso es una burla!
- KER. (Al General.) ¿Me dejarás? (A Jeny.) Veamos... No tengas miedo, hija mía... dímelo á mí todo. ¿Por qué has vuelto tan pronto de la fiesta? ¿Por qué te ha acompañado Mr. de Monteclain?
- JENY. ¿Por qué...? Voy á decirlo. Estaba yo mirando los juegos con Matilde de Brías, y de repente oigo hablar por lo bajo cerca de mí... En seguida llegó Mr. Brías, dijo algunas palabras al oído de su madre, y ésta se retiró con Matilde, dejándome sola. ¡Busco á Luisa, y no la encuentro!... Busco á Jorge, y no estaba allí. Pregunto por su hijo de usted, y no parecía tampoco. No había ninguno que...
- GEN. Ya conocerás que eso era un infame complot. (A Kerouan.)
- KER. Es extraño, en efecto...
- JENY. Entonces me mezclé entre la multitud, por si encontraba á alguien con quien estar allí; pero cuando me acercaba á mis amigas, ó se volvían á otro lado, ó fingían no verme. Después he notado que una señora, á quien no conozco, me seguía constantemente... riendo con los que la acompañaban... hablando con tono burlesco... y señalándome con el dedo... Por todas partes oía murmurar sordamente... Yo, sin comprender nada, iba, venía... no sé... creo que me hubiera vuelto loco... á no encontrar á Mr. de Monteclain.
- GEN. Quien á no dudarlo había tramado aquella vil conjuración.
- JENY. ¡Oh! no, padre mío: porque él solo impuso silencio á todos esos miserables... Él sólo, en fin, me ha prote-

gido... Con Domingo que se arrojó furioso sobre los que me insultaban.

KER. ¡Pobre niña!

GEN. A tí... ¿Pero qué decían?

JENY. Yo... nada oí... y Mr de Monteclain no ha querido decírmelo...

GEN. ¡Ah! ¿No ha querido decírtelo... y sin embargo no se presenta á decírmelo á mí?...

ESCENA III

DICHOS; DOMINGO, con sus vestidos en desorden y algunas manchas de sangre en su camisa y en la frente.

(Esta escena sumamente rápida.)

DOM. Y ha hecho bien, mi General. (Saliedo.)

KER. ¡Domingo! ¡Herido! (Jeny se aparta á un lado, sin ser vista de Domingo.)

GEN. ¿Herido?

DOM. Sí... Yo tráigo las señales de sus golpes... Pero algunos hay, que no olvidarán los míos en mucho tiempo. Sólo ese malvado Pornic, á quien no he podido enviar al otro mundo.. ¡Oh! Yo le encontraré, aunque se oculte...

KER. ¿Pero qué ha pasado?

GEN. Habla... habla... (A Domingo, con ansiedad.)

DOM. Pues bien. Lo que ha pasado... Lo que ha pasado... es... (Ve á Jeny, y se contiene.)

GEN. ¿Que han insultado á mi hija!

DOM. ¿Ella lo ha dicho?

KER. Sí.

GEN. Pero sin explicarnos la razón de ese insulto.

DOM. ¿La ignora, no es verdad? ¡Ah! Ya ven ustedes... ¡Era una mentira! ¡Una infamia!

JENY. Pero... ¿Qué mentira?

GEN. ¿Qué infamia es esa?

KER. Cuenta lo que han dicho...

DOM. ¿Lo que... han dicho?

- GEN. Sí, lo que Mr. de Monteclain no ha querido repetir á mi hija... lo que no ha osado venir á contarme á mí...
- DOM. ¿Para que usted le levantara la tapa de los sesos, sin informarse de nada? Ha hecho muy bien.
- KER. ¡Cómo! Luego es cosa tan terrible, que...
- GEN. Tú quieres asesinarme. ¡Domingo! (Con impaciencia.)
- DOM. ¡Bueno, hablaré! Pero aléjese usted, señorita Jeny, aléjese usted: hay cosas que no deben manchar los castos oídos de una joven honrada.
- JENY. ¡Cómo! ¿Qué significa eso?
- GEN. ¿Hablarás? (A Domingo.)
- DOM. (No diré una palabra estando ella delante.. No me atrevería á... Si usted supiera...) (Aparte á Kerouan.)
- KER. Domingo tiene razón, hija mía. Entra, entra en la casa y... (A ella.)
- JENY. Pero yo soy inocente... A lo menos, inocente de todo crimen.
- KER. ¿Lo dudo yo por ventura?
- GEN. Retírate, Jeny, retírate.
- KER. (Conduciéndola de la mano hasta la puerta de la casa.) Ven... ven y cuenta con tu viejo amigo... porque ya sabes que lo soy tuyo, Jeny, tanto como tú eres amiga de mi hija.
- JENY. ¡Ah, Kerouan! (Entra por un instante en la casa.)
- GEN. Y bien. ¿Hablarás ahora? (A Domingo.)
- KER. Sepamos lo que ha sucedido.
- DOM. Sea. Paseábame yo tranquilamente por entre la multitud que concurría á la fiesta, cuando... oí que hablaban de seducción...
- KER. ¿De seducción?
- GEN. ¡Calla! (A Kerouan, para que no interrumpa á Domingo)
- DOM. ¡Pues! De misterios: se nombraba al Marqués de Monteclain...
- GEN. ¿Lo ves? Al Marqués, y...
- DOM. Y...
- GEN. Y á mi hija, ¿no es cierto? ¡Infames!
- KER. ¡Pero eso es una calumnia!
- DOM. ¡Sí, sí!... ¡una calumnia!

- KER. A que todos viven expuestos en el mundo, porque para ello basta una palabra, la menor suposición...
- GEN. ¿Pero qué es lo que decían?... Porque á una joven como Jeny, no se insulta sin...
- DOM. ¡Diablo! ¡Habían forjado un cuento horrible!
- GEN. ¿Un cuento?
- DOM. Del que yo no creo una palabra, y que será desmentido en seguida... Pero... que ha causado mucho mal, sin embargo.
- GEN. ¿Pero qué cuento es ese?
- JENY. ¡Oh! ¡Yo necesito averiguarlo todo! (Saliendo de la casa sin ser vista.)
- DOM. (En voz baja y apoyando sus manos en el brazo izquierdo del General y en el derecho de Kerouan.) Suponen... No sé cómo decirlo. Suponen que han visto muy frecuentemente á la señorita Jeny... ir... allá... junto al lago... á la cabaña de Marta...
- JENY. (¡No oigo nada!)
- GEN. ¡Donde tenía citas quizá con el Marqués de Montclair!
- JENY. (Desde la ventana de ese pabellón podría... Sí.) (Se dirige de puntillas por detrás de ellos al pabellón.)
- DOM. Añaden, en efecto, que él iba también. Pero no es eso todo.
- GEN. ¡Cómol
- KER. Acaba, pues.
- DOM. En fin... decían que en esa cabaña tenían oculto á... (En este momento empuja Jeny la puerta del pabellón, y entra.)
- GEN. ¿A quién? ¿A quién?
- DOM. A un niño, fruto de su falta.
- GEN. ¡Cielos! (Horrerizado.)
- KER. ¡Mentiral
- JENY. ¡Ah, Dios mío! (Saliendo aterrada del pabellón.)
- TODOS. ¡Qué!
- JENY. ¡Esa cesta! ¡Ese niño que he hallado en mi pabellón!
- GEN. ¡Ese niño!... ¡Oh! ¡Es el tuyo, (Furioso.) desdichada!
- JENY. ¡Padre mío! ¡Padre mío! ¡No, no! ¡Es...! (¡Ah! ¡Luisa!) (Sin aliento.)

- GEN. ¿No respondes? ¡Ah, miserable! ¡También tú me has deshonrado!
- DOM. ¡Mi General! (Corriendo á interponerse, al ver que el General ha cogido las pistolas.)
- GEN. ¡Muere, infame! (Con las pistolas en la mano.)
- JENY. ¡Ah! (Cayendo desmayada en una silla.)
- KER. ¡Simón, dispara primero sobre mí! (Cubriendo con su cuerpo á Jeny y presentando su pecho á las pistolas. El General se queda extático frente á Kerouan, que permanece delante de él mostrando su pecho. Jeny desmayada, Domingo socorriéndola. Cuadro. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

El teatro representa una sala de la quinta del General; puerta al fondo, dos á la derecha y una á la izquierda. Mesa, sillones, un sofá, una butaca.

ESCENA PRIMERA

EL GENERAL, en su butaca, de bata; KEROUAN y DOMINGO

GEN. (Con contenida amargura.) ¡Sí, los dos tenéis razón... he obrado ligeramentel ¡Me he dejado llevar de mis iras, más lejos de lo que debiera... y... el mal, por otra parte, no es tan grande como yo creía!

KER. El mal es grande... pero no irrevocable; y sí...

GEN. Al contrario... ¿Hay cosa más sencilla en el mundo? Monsieur de Monteclain vió á mi hija, y se prendó de ella... Había podido pedirme su mano, según se acostumbraba allá en mis tiempos, según, á lo que creo se acostumbra todavía entre ciertas gentes ridículas, que no marchan con los adelantos de su siglo... Pero... Mr. de Monteclain es, al mismo tiempo que un hombre de la verdadera nobleza de otros siglos, un legítimo representante de las nuevas doctrinas de la juventud actual... y ha elegido un medio mejor... ha seducido á mi hija... la ha deshonrado... y... será preciso que yo se la dé por esposa, si él... se digna aceptarla... Sí, sí; todo esto es mucho mejor, Kerouan, y nosotros... ya lo ves, somos unos imbéciles, que no hemos sabido colocarnos á la altura de la época.

- DOM. (¡Esta sonrisa me amedrenta... Va á volverse loco!) (A Kerouan.)
- KER. (Ocúltémosle que Jeny .. (A Domingo.)
- DOM. (¡Silencio!) (A Kerouan.)
- GEN. Por lo tanto... soy ya de vuestra opinión. Tú, Domingo, vas á ir en un instante á la cabaña de Marta... Está un paso de aquí... Verás á esa especie de nodriza... la interrogarás, y... yo estoy seguro de que vas á traerme buenas noticias. Todos esos rumores no son más que calumnias... Ese niño... como vosotros me habéis dicho, no ha existido nunca. Ve, Domingo, ve... Ya creo mirarte entrar contento y satisfecho... En cuanto á tí, Kerouan, te agradezco desde luego el paso que vas á dar con Mr. de Monteclain... Le reconvenirás fuertemente, ¿no es cierto? Es un buen amo... que te escuchará humilde, que se arrepentirá... y todos seremos felices. Id entrambos con Dios, y... haced bien las cosas. Aquí os aguardo.
- DOM. (¡Aprovechémonos de ese permiso, Kerouan. Tal vez la encuentre en tu alquería...!) (A Kerouan.)
- KER. (Con tal de que no haya ido á refugiarse á casa del Marqués... (A Domingo.)
- DOM. (¡No lo permita Dios...!) (A Kerouan.)
- KER. (¡Calla!) Escucha, Simón.
- GEN. Que yo no os moleste... Permaneced juntos... Continúad hablando en voz baja... Todo eso es por mi bien, ¿no es así?
- KER. Sí, por tu bien. Y tú, en tanto, no eres franco con nosotros.
- GEN. ¡Yo...! (Esforzándose por disimular.)
- KER. Sí, tú, porque... en fin... estás queriendo hacernos creer que ha cedido tu cólera... y en el fondo de tu alma... estoy seguro de que escondes algún siniestro designio.
- GEN. ¿Qué diablos es preciso hacer para contentaros? Hace algunas horas gritaba... amenazaba... Me dijisteis que era fuerza tranquilizarme... y estoy tranquilo... Lloré en seguida... quise matarme yo mismo... Me añadís-

teis que debía consolarme... y me he consolado. ¿Qué más queréis?

DOM. (Repito que su razón se extravía, que sólo puede impedirlo la presencia de su hija. Es necesario que la vea... y... voy á buscarla.) (A Kerouan.)

KER. (Y yo á casa del Marqués... Mi caballo es como un águila, y en pocos minutos... (A Domingo.)

DOM. Diga usted lo que quiera, mi General, en todo esto hay algo de más ó de menos que yo quiero averiguar, y que averiguaré sin falta. Parto, pues, á la cabaña de Marta.

GEN. Bien, bien.

KER. Y... si el Marqués de Monteclain no respondiese como cumple á su decoro, acuérdate, Simón, de que antes que él fuera mi amo... eras tú ya mi amigo.

GEN. Sí... los dos sois mis amigos... mis amigos verdaderos. Apresuráos, id.

DOM. Muy pronto estaré de vuelta.

KER. Y yo también. ¡Valor, paciencia... y muy pronto sabremos toda la verdad! (Vanse los dos por el foro.)

ESCENA II

EL GENERAL; después, LUIS

GEN. ¡La verdad! ¡Oh! entrambos me la ocultaríais... Entrambos sabríais ponerlos entre ella y yo, como os habéis interpuesto entre mi hijo y mis enojos... ¡Corred, forjad una fábula cualquiera, para hacérmela creer... Yo, entretanto, descubriré la verdad... y entonces... haré justicia! ¡Luis, Luis! (Tirandó del cordón de la campanilla.)

LUIS. (Sale de la habitación de la derecha.) ¡Mi General!

GEN. ¿Está ahí...?

LUIS. Si, señor. Acaba de traerle, mal de su grado.

GEN. Condúcelo á mi presencia.

LUIS. Al momento. (Vase.)

GEN. Éste me dirá la verdad... No me ama... y nada le importará...

ESCENA III

EL GENERAL, PORNIC y LUIS

- LUIS. Adelante. (A Pornic.)
- PORNIC. Poco á poco... Cada uno tiene su modo de andar...
- GEN. Acércate... (A Pornic.)
- PORNIC. Yo no he hecho mal á nadie... Yo no...
- GEN. Está bien... Tú, retírate, (A Luis.) y si Kerouan y Domingo volviesen... díles que estoy solo... que quiero estar solo... ¿entiendes?
- LUIS. Sí, señor... (Saluda y se va.)

ESCENA IV

EL GENERAL y PORNIC

- GEN. O mucho me engaño, ó el interés es tu pasión dominante... (Después de una pausa durante la cual examina á Pornic.)
- PORNIC. Como veo que tratan á los pobres como perros.. procuro dejar de serlo.
- GEN. Mira este bastón, y este bolsillo. Si me dices la verdad, para tí son los diez luises que contiene.. Si mientes, vas á morir á palos aquí mismo.
- PORNIC. En ese caso, me hallo dispuesto á contestar á todo.
- GEN. Díme, pues. ¿Qué es lo que tú sabes acerca de ese niño oculto en la cabaña de Marta?
- PORNIC. Voy á decírselo todo á usía, sin ocultar la menor cosa. (Pausa.) Una tarde, y á puestas de sol... hará unos quince días... iba yo á buscar el ganado... que estaba pastando en la pradera de los Arroyos...
- GEN. Continúa.
- PORNIC. Y divisé de pronto á la señorita Jeny, que subía la montaña, dirigiéndose hacia la casa de Marta. Como yo sabía que la señorita no se arredraba al caminar por los más fragosos senderos, con tal de hacer bien á los pobres, y Marta por su parte no tenía pan que llevar á la boca, hice mil exclamaciones por la generosidad de...

- GEN. Yo no quiero oír tus reflexiones... sino la verdad de los hechos, ó... (Alza el bastón.)
- PORNIC. ¡Si esta es la verdad, señor!
- GEN. Pero... continúa... (Con impaciencia.)
- PORNIC. En aquel instante me ocurrió sencillamente el seguir á la señorita...
- GEN. Y la viste...
- PORNIC. La ví entrar en la cabaña, y colocándome detrás de la puerta, ví también que...
- GEN. ¿Qué?
- PORNIC. Que miraba cariñosamente á un niño, que dormía en una cama. En seguida dió á Marta varias prendas de lienzo y muchas monedas... y... habiéndose despertado aquel niño, se puso á acariciarlo y á besarlo sonriendo con...
- GEN. ¿Tú viste todo eso?
- PORNIC. Como estoy viendo á usía.
- GEN. ¿Y después?
- PORNIC. Después... nada más. A los pocos días, y cuando fuí á llevar á las corridas una carta á mi amo... no sé por qué recordé, creyendo estar solo, cuanto acabo de contar... Pero una señora me había oído, y demostrando gran interés por saberlo todo, me llamó aparte, y me puso en la mano un bolsillo.
- GEN. ¡Una señora! ¿Y tú se lo contaste todo?
- PORNIC. ¡Yo... no quise robarle su dinero... y... pues... le dije lo que sabía!... ¡Válgame Dios! ¡No puede usía figurarse la cara que puso al oírlo! «¡Es posible! exclamó. ¡Sí! ¡El Marqués es «capáz de todo!» Y... esto... y lo otro... y... No hacía más que hablar sola.
- GEN. Pero... ese niño... ese niño...
- PORNIC. Lo mismo precisamente me preguntó la dama; y como ella desconfiaba de que Marta le contase nada, pasé yo á la cabaña, y fingiendo la mayor sencillez, le pregunté ingenuamente quién le había confiado aquella criatura. Entonces me dijo Marta, cómo una tarde, una joven á quien no conocía le llevó aquel niño, dándole dinero, y encargándole que lo ocultase á los ojos

de todo el mundo. Me añadió en seguida, que la joven iba muy á menudo allí, que algunos días después había ido un caballero, y que últimamente se presentaron los dos juntos.

GEN. ¿Pero te dijo también que aquella joven era mi hija?... ¿Que aquel hombre era Mr. de Monteclain?

PORNIC. No señor: mas como yo he estado después en acecho por orden de la otra señora, he visto ir á la cabaña unas veces á la señorita Jeny y otras al señor Marqués. Y en esto no hay duda. ¡Como que la dama de que ya he hablado á usía, me daba un escudo diario porque los espíase!

GEN. Y esa dama, ¿quién es? Habla.

PORNIC. ¿Cuál?

GEN. La que te pagaba el espionaje.

PORNIC. ¡Aaah! ¡Usía debe saber, probablemente, más que yo de ese asunto... porque ella conoce á usía.

GEN. ¿A mí?

PORNIC. O al menos al señorito Jorge... ¡Lo menos me ha dado á esta fecha seis cartas para él!... Yo venía todas las noches y las echaba sin que me viese... por la ventana de su cuarto...

GEN. ¿Cartas para Jorge?

PORNIC. Y en prueba de ello, aquí tiene usía una que me mandó esta mañana entregarle... y que es la causa de que Luis me haya atrapado en los jardines...

GEN. Una carta... ¿Tú traías? Dámela.

PORNIC. Si usía se la entrega al señorito... (Alargándosela.)

GEN. ¡Dámela! (Se la da.)

PORNIC. Queda cumplido el encargo.

GEN. ¡Oh, tal vez descubra en ella el hilo de esta horrible intriga! (La abre.)

PORNIC. Pero señor...

GEN. (Buscándola y leyendo.) ¡La firma!... ¡Ah! ¡Qué veo!

PORNIC. ¿Cómo?

GEN. ¡Vete, vete!

PORNIC. Al momento... Pero usía me mandó que le dijera la verdad... y le he obedecido... Falta ahora...

- GEN. ¡El dinero! (Tirándole el bolsillo.) ¡Toma, miserable; y él te cause á la vez el mal que has hecho á todos!
- PORNIC. ¡Señor!...
- GEN. ¡Vete, repito!
- PORNIC. No es culpa mía. Me lo han mandado... (Yéndose.)

ESCENA V

EL GENERAL

¡La Condesa de Beauval aquí... escribiendo á Jorge!...
¿Con qué objeto, Dios mío?... «Jorge, usted lo ha que-
»rido, usted me ha obligado á hacer pública su intri-
»ga con Monteclain...» ¡Su intriga con Monteclain!...
Y ella lo ha escrito... ¡Ah! ¡No bastaba el crimen de
mi hija! ¡Era preciso que yo me viese humillado por
esa infame! «Cree usted todavía que Jeny, á quien el
»Marqués abandonará sin duda al oprobio, no podrá
»ahora llamar hermana á la mujer cuyo pasado ha ab-
»suelto usted mismo, dándola su nombre?» ¡Cielos!
¿Qué he leído? ¡Esa mujer será mi hija!... ¡Esa mujer
llamará á Jeny su hermana, y Mr. de Monteclain
abandonará á la desgraciada en su vergüenza y en su
dolor!... ¡No!... ¡no!... ¡Jamás!... ¡Yo la salvaré de ese
último grado de infamia y de ignominia! ¡Yo mostraré
á todos cómo venga un padre su honra mancillada!
(Levantándose.) ¡Oh! Esta vez no me detendrán, y antes
de que vuelvan, ella estará lejos de estos sitios! ¡Jeny!
¡Jeny! ¡Jeny! (Entra en su cuarto llamando.) ¡Ah! ¡No está
en su cuarto! (Sale.) ¡Ha huído sin duda!... ¡Con su se-
ductor quizás!... ¡Oh, desventurada! ¡Domingo!... ¡Ke-
rouan!... ¡Domingo! ¡Todos se han marchado! (Exalta-
do.) ¿Y Jorge? ¡Jorge! ¡Jeny! ¡Ni un hijo! ¡Ni un amigo!
¡Sólo con mi deshonor!... (Pausa.) ¡Ah! ¡Aun me queda
un criado... que me sostenga... que me guíe... y
pronto me verán. ¡Luis! (Tira del cordón de la campani-
lla.) ¡Luis!

ESCENA VI

EL GENERAL y LUIS

- LUIS. (Saliendo.) ¿Mi General?
- GEN. ¿Has visto salir á mi hija?
- LUIS. No, señor. Usía sabe que desde que la condujeron á su cuarto, no ha entrado en él más que el señor Kerouan.
- GEN. ¡Kerouan! ¡Sabía que no estaba y... me ha engañado! (¡Sin duda ha ido á avisar á Mr. de Monteclain.) Luis, los caballos están enganchados, ¿no es cierto?
- LUIS. Sí, señor.
- GEN. Pues bien... ¡Mi frac!... Mi sombrero!... (Con energía.)
- LUIS. Mas... (Se va, y vuelve con ambas prendas.)
- GEN. ¡Prontol... ¡Sí, yo... yo mismo iré también! ¡Quiero verme cara á cara con ese Marqués villano! ¡Veremos cuál de los dos... veremos si es la mano del viejo ó la del joven la que ha de temblar en la hora del combate! (Tira el bastón.) Luis, mi frac.
- LUIS. Señor...
- GEN. (Con voz atronadora, vistiéndose.) ¡Mi frac, mi sombrero, mis pistolas!
- LUIS. ¿Las pistolas?
- GEN. ¡Mis pistolas al punto! (Luis sale, y vuelve con ellas.) ¡Y mi cruz de gran oficial, aquí, (Señalando al frac.) sobre mi corazón! ¡Esto le servirá de puntería á ese esforzado coronel! (Con sonrisa amarga dice las últimas palabras. Toma las pistolas y se lanza á la puerta del fondo, en cuyo momento entra Kerouan.)

ESCENA VII

DICHOS y KEROUAN; á poco, DOMINGO; después, LUISA

- KER. ¿A dónde vas?
- GEN. ¿Qué le importa á usted?
- KER. Ese lenguaje...

- GEN. Es el que debe usarse con los malos amigos... que nos engañan...
- KER. ¿Que te engañan?
- GEN. ¿En dónde está mi hija?
- KER. No la he encontrado por ninguna parte.
- DOM. (Entrando.) Ni yo... He ido á la alquería... he ido...
- GEN. Pues bien. Yo sabré encontrarla.
- KER. ¿Pero á dónde vas?
- GEN. A casa de Monteclain.
- KER. De allí vengo ahora... El Marqués no está tampoco en su quinta.
- GEN. ¡Mientes! Temes por él, ¿no es cierto?
¡Oh! ¡Como no sea el más vil de los cobardes... allí estará para mí!
- KER. Parto contigo.
- DOM. Y yo también, general.
- GEN. ¡No!... ¡No necesito á nadie... generosos amigos! (con ironía.)
- DOM. Pero yo necesito acompañar ó usted, y le seguiré, á menos que no me rompa usted la cabeza antes de salir de casa.
- KER. Simón... quieras ó no, iré contigo, porque si tus sospechas se realizan... ninguna consideración podrá detenerme... y... serás vengado ó satisfecho.
- GEN. Bien; venid entrambos, puesto que lo queréis. Mientras más testigos haya, más público será el castigo. (El General sale por la puerta del fondo con Domingo; Luisa entra rápidamente por la de la izquierda. Kerouan se detiene al oírlo.)
- LUISA. (Dentro) ¡Jeny! ¡Jeny! (Entra.) ¡Dios mío!... (Entrando.) ¿Dónde está Jeny, dónde?
- KER. ¡Luisa!
- LUISA. ¡Mi padre! (Deteniéndose con terror.)
- KER. Me alegro de que vengas... Habla... Jeny... ¿qué es lo que dice?
- LUISA. ¡Jeny!... ¿Usted me pregunta?... (Admirada)
- KER. Sí. ¿No ha ido á la alquería?
- LUISA. ¿Jeny? ¿Por ventura, no está aquí?

- KER. ¡Oh! ¡El General tenía razón! ¡Se ha marchado sin duda á casa del Marqués! ¡Infeliz!
- LUISA. ¿Jeny en casa del Marqués? ¿Cómo?.. (Más admirada.)
- KER. Ha olvidado hasta dónde podía conducir al General su cólera contra la inocente criatura abandonada...
- LUISA. ¿Abandonada? ¿Quién?... (Con terror.)
- DOM. (Dentro.) ¡Kerouan!
- KER. No puedo detenerme. Pero ya Domingo te habrá contado... Sí; en tí confío; tú velarás por ese pobre niño...
- DOM. (Dentro.) ¡Korouan!
- LUISA. (Asustada.) (¡Ese pobre niño!...)
- KER. ¡Desgraciado Simón! ¡Ah! (Abrazala.) ¡Luisa! ¡Luisa! ¡Dios nos libre de una desgracia semejante! (Vase precipitadamente.)

ESCENA VIII

LUISA

¿Qué es lo que me ha dicho? ¡Cielos! ¡Ha hablado de Jeny! ¡De una criatura abandonada! Y á mí... que no he hallado á mi hijo en casa de Marta... ¡Oh!... ¡Yo pierdo la razón!...

ESCENA IX

LUISA y MAGDALENA

- MAG. ¡Dios mío! ¡No entiendo cuanto está pasando!
- LUISA. ¡Y Jeny no está aquí! (Sin ver á Magdalena.) ¿Pero cómo buscarla? ¡Magdalena!... (Viéndola.)
- MAG. ¡Por fin te encuentro! ¿Me dirás qué quiere decir...?
- LUISA. ¿Qué?
- MAG. Esta mañana muy temprano, y cuando yo salía de casa... para buscarte, entró en ella Domingo muy agitado... diciendo... ¿dónde está Luisa?
- LUISA. ¡Y bien!
- MAG. No le respondí: apenas tuve tiempo. Parecía un loco, y traía debajo de su capa una cesta.

- LUISA. ¿Una cesta?
- MAG. Y en ella un pobre niño. «Confíalo á Luisa, me dijo, y que nadie sepa...»
- LUISA. ¿A mí?... ¿A mí?... ¿Estás segura?...
- MAG. ¡Sí! ¡Dios mío! ¿Qué tienes?
- LUISA. ¿Domingo te dijo que me entregases ese niño?...
- MAG. ¡Pues! Añadiéndome con voz alterada... «Kerouan lo ha mandado.»
- LUISA. ¡Mi padre!
- MAG. Yo volví á interrogarle... pero sólo me contestó: «Luisa debe conocer ese terrible secreto... Dile que es el niño de la cabaña de Marta...»
- LUISA. ¡Cielos! ¡El enviado á la alquería por mi padre!... ¡Confiado á mí propia! ¡No es posible! ¡Esto es un suenõn! ¡Sabría, por ventura, la verdad y me habría perdonado! ¡Ah, no, no!) ¡Sígueme!]

ESCENA X

DICHAS y JENY

- LUISA. ¡Jeny!
- JENY. ¿Eres tú, Luisa?... He ido en tu busca...
- LUISA. ¿Acaso sabes ya?...
- JENY. Retírate, Magdalena.
- MAG. Al momento, señorita. (¡Estoy aturdidal) (vase.)
- LUISA. ¿Sabes... dí... sabes que mi padre ha enviado á mi pobre niño á la alquería?... ¿Sabes que se ha apiadado de él?
- JENY. Sí: tu padre ha sido mi salvador. Me ha defendido.
- LUISA. ¡Ah! ¿Cómo? ¿De qué?
- JENY. Creí que no iba á encontrarte nunca... (Cae fatigada en el sofá.)
- LUISA. ¿Me buscabas? (Sentándose á su lado.)
- JENY. Sí; para asegurarte que yo no te abandonaré nunca... pero que al mismo tiempo debes comprender que me es imposible callar por más tiempo. ¡Si sólo se tratara de mí, yo sabría sobreponerme á la calumnia!

- LUISA. ¡A la calumnia!
- JENY. ¡Pero no debo consentir que mi padre sufra de ese modo! ¡Tú me perdonarás!... ¡Mas!...
- LUISA. ¡Acaba!
- JENY. ¡Yo no puedo dejarle morir de dolor por salvarte!
- LUISA. ¿Por salvarme? ¿Qué es lo que estás diciendo? ¡Explicate!
- JENY. ¡Cómo! ¿Pues á qué has venido? ¿Por qué?
- LUISA. Porque me han robado mi hijo... porque he corrido toda la noche, como una loca, buscándolo inútilmente, y vine á preguntarte...
- JENY. ¿No sabes nada más?
- LUISA. Nada más... sino que, según acaban de decirme, Domingo lo ha llevado á la alquería, encargando, de parte de mi padre, que yo velase por él... ¡Estás temblando!
- JENY. ¡Luisa! ¡Luisa!
- LUISA. ¡Lloras! ¡Oh, concluye de una vez!
- JENY. ¡Ayer tarde, en la fiesta... ha habido un suceso terrible!
- LUISA. Dí.
- JENY. Se habló de la cabaña de Marta...
- LUISA. ¡Dios mío!
- JENY. Se acusó á algunos...
- LUISA. ¡Estoy perdida!
- JENY. No; no fué á tí, Luisa.
- LUISA. ¿No? ¿Pues... á quién?
- JENY. A tí no te habían visto subir todos los días á la cabaña.
- LUISA. ¡Jeny! ¡Jeny! ¡Perdón!
- JENY. Ni me arrepiento... ni me quejo...
- LUISA. ¡Pero tú habrás rechazado esa imputación afrentosa!... ¡Ah, sí! ¿Quién se atreverá á acusar tu inocencia?
- JENY. ¡Luisa, he pensado en tí... y he callado!
- LUISA. ¡Qué escucho! ¡Tú! ¡Jamás! ¡Yo no admitiré nunca semejante sacrificio!
- JENY. ¡Oh! veo que conoces que no puedo dejar padecer á mi padre por más tiempo.
- LUISA. ¡Tu padre!

- JENY. ¡Me cree culpada!
- LUISA. ¡Ah!
- JENY. Pero antes de justificarme, he querido verte, Luisa.
- LUISA. ¿Para qué? ¿Por qué has detenido un sólo momento la verdad en tus labios? ¡Ah! Yo misma seré quien proclame tu pureza; yo gritaré que eres inocente; que sólo yo soy criminal, Jeny, ¿qué has hecho?
- JENY. Deja que yo le vea... que consiga que me escuche... Se lo diré todo, y te protegerá... sí... Aguarda algunas horas.
- LUISA. Cuando tu padre te condena, yo no debo esperar un sólo minuto.
- JENY. ¡Sí; mi padre me condena, ha querido matarme! Pero el tuyo me ha salvado. Espera que el mío también te salve á tí.
- LUISA. ¡Oh, ya nada me importa lo que pueda sucederme! Lo primero eres tú.
- JENY. Espera.
- LUISA. ¡General! ¡General! (Aparece el Marqués.) Señor Marqués... (Viéndola.)

ESCENA XI

DICHAS y MONTECLAIN

- JENY. (¡Ah, bien esperé siempre, que no nos abandonaría!)
- LUISA. Señor Marqués, usted viene á justificarla, ¿no es cierto?
- MONT. Sí; he sabido la sublime generosidad de esta señorita, y á mí me toca volverle la consideración que se le debe.
- JENY. ¿Pero querría mi padre escucharle á usted, á usted á quien también acusan?
- MONT. Sosiéguese usted, Jeny. Yo tráigo aún más que mi palabra de caballero para justificarla á usted; tráigo pruebas positivas... Nadie, en vista de ellas, podrá abrigar la menor duda.
- JENY. No: Kerouan debe ignorarlo todavía.
- MONT. Escúcheme usted, Luisa. Yo he formado de su salva-

ción de usted una de las más bellas esperanzas de mi vida, y nada omitiré para realizarla. Es usted la hija del antiguo servidor de mi padre; es usted la amiga de esta noble joven... y mi fortuna y mi existencia entera están consagradas á asegurar á usted su reposo y su porvenir.

LUISA. ¡Tanta generosidad...!

MONT. Jeny, yo necesito cuanto antes hablar á su padre de usted.

ESCENA XII

DICHOS y LUIS; luego, MAGDALENA, KEROUAN, DOMINGO y EL GENERAL

LUIS. ¡Señorita, señorita! (Esta escena es sumamente viva.)

JENY. ¿Dónde está mi padre?

LUIS. He venido corriendo á decirle á usted... que acaba de llegar. Pero... apenas ha bajado del carruaje .. ha visto el del señor Marqués... y... (Sale Magdalena corriendo)

MAG. ¡Ah, señor... ocúltese usted... huya usted pronto!

MONT. ¿Por qué?

MAG. El General está fuera de sí... Habla de matarle á usted... En vano mi tío Kerouan trata de detenerlo.

MONT. Yo mismo me presentaré á sus ojos, y su enojo cambiará muy pronto en alegría. (Va á salir.)

KER. (Saliendo) ¿A dónde va usted?

MONT. A hablar al General, que debe escucharme, antes de condenar á nadie.

KER. Es que no querrá escucharle á usted... que casi ha perdido la razón... que es en usted una temeraria locura arrostrar la cólera de un padre.

LUISA. (¿Oyes?) (A Jeny.)

MONT. Los culpables son únicamente los que huyen de esos peligros; y si el General no diese oídos más que á los ecos de su ira, sobre él no más caería el castigo y los remordimientos.

DOM. ¡Luego usted quiere con ese empeño de verle que se cometa un crimen...!

MONT. (Alto.) Un hombre que se llama el Conde D'Esteve no puedé cometer crimen alguno.

GEN. (Sale.) Pero puede castigar al miserable que lo haya deshonrado. (Apareciendo de repente en la puerta del jardín.)

MONT. (Poniéndose frente á él.) No, General; porque él sabrá respetar á su enemigo, cuando éste viene á su casa y le dice... Héme aquí, caballero.

GEN. ¡Ah! (Con ira: pausa.) Tiene usted razón. Yo no le buscaba á usted para asesinarle... Salgamos...

MONT. General, yo he venido tan sólo para desengañar á usted.

GEN. ¿Para desengañarme?... ¡Para mentir de nuevo, quedará usted decir!...

MONT. Cuando he venido á su casa de usted, Mr. D'Esteve, debía usted estar seguro de que sólo trataría de hablar de honor.

GEN. ¿De honor? ¡Cómo! (Da á Domingo las pistolas, y baja á la escena.) ¿Después de haber deshonrado mi nombre, el señor Marqués de Monteclain viene á hablarme de honor? Ya comprendo. Sin duda es del honor que quiere hacerme pidiéndome la mano de mi hija. (Con sonrisa violenta.)

MONT. Eso lo sería, por el contrario, para mí, caballero. Pero yo temeré siempre no ser bastante digno de obtenerlo.

KER. Señor Marqués, ¿qué es lo que usted dice?

GEN. (¡Miserable!) En fin, ¿qué es lo que usted ha venido á hacer en esta casa? ¿Pensaba usted, por ventura, que quedaría impune tanta insolencia, porque mi hijo es un cobarde, que me abandona... porque usted no encontraría aquí sino un anciano débil y enfermo?

MONT. Su hijo de usted estaría aquí para defenderme, si en estos momentos no vengase quizá el honor de su hermana...

GEN. Entonces, ¿que busca usted eu mi casa? ¿Qué otro adversario que no sea usted pudiera tener Jorge?

MONT. El que se ha hecho eco de una infame calumnia...

GEN. ¡De una calumnia!... ¡Y se atreve usted á decirlo... usted...!

- MONT. Sí; porque tráigo las pruebas... (Mande usted que nos dejen solos.) (Al General.)
- GEN. (Retrocediendo.) Hable usted alto, caballero. La afrenta ha sido pública, y es preciso que la reparación lo sea también... como lo será igualmente el castigo.
- MONT. Pues bien: lea usted, General. (Pero repare usted delante de quién lee.) (Dándole la carta que Luisa escribió á su padre en el primer acto.)
- GEN. (¿Qué quiere decir?)
- JENY. (Bajo á Luisa.) Ese escrito...
- LUISA. (Fijando en ella una mirada desde lejos y reconociéndola.) (¡Mi carta!)
- JENY. (Vivamente.) (¡Calla, por Dios!) (Kerouan ha observado los movimientos de las dos jóvenes. El General se sienta á leer á la derecha del espectador y un poco detrás. Monteclain queda en pié cerca de él y le oculta de los demás personajes. Kerouan, en medio de la escena, los mira muy lentamente á todos y con aire de sorpresa é investigación. Luisa y Jeny están á la izquierda: la primera, vuelta del lado de la otra, que la contiene con sus gestos. Magdalena, más á la izquierda; Domingo, más á la derecha del otro lado del sofá, donde está el General.)
- GEN. (Leyendo.) (¡De Luisa...! ¡Cómo, Marqués... era Luisa!)
- MONT. (Al General.) (¡Silencio, sí, ella era!)
- GEN. (A Monteclain.) (Y esta carta..)
- MONT. (Su hija de usted la leía en las corridas de Lamballe; pero engañando á Kerouan... yo le diré á usted luégo...)
- GEN. (¡Ah, todo lo comprendo! ¡Noble criatura... Salvaba á su amiga!... ¡Se sacrificaba tan generosamente... y yo la he acusado...! (Mira á su hija con las lágrimas en los ojos.)
- MONT. (Al General.) (¡Prudencia!)
- GEN. (Le hace señas de alegría y de cariño sin que Kerouan lo note: ella le contiene; señalando á Luisa.) (¡Pobre Jeny, cuánto ha debido sufrir!)
- JENY. (A Luisa.) (¡Nos hemos salvado, yo te lo aseguro!)
- KER. (Para sí.) (¡Y no abraza á su hija!)
- MONT. Y ahora, General, ¿querrá usted escucharme sin testigos?
- GEN. Sí, sí.

- KER. (Mirándola con disimulo.) ¡Y Luisa llora!
- GEN. Vamos, hijos míos... vamos... necesito estar solo con el Marqués.
- MONT. (Dirigiéndose á las dos.) ¡Señorita!... Suplico á usted... Retírese usted, Luisa... (En el momento en que Luisa va á salir, la detiene Kerouan con una seña pronta, y se dirige en seguida junto al General, que permanece sentado.)
- KER. (¿Qué carta es esa?) Conque... ¿estás contento, Simón?...
- GEN. (Turbado.) Ciertamente. Sí... y quiero...
- KER. Esa carta... ¿prueba que tu hija es inocente?
- GEN. ¿Puedes dudarle? (Mirándole con terror y ansiedad.)
- KER. ¡Oh! no, no. Es la misma...) Y esa prueba... tú nos la darás á conocer... ¿no es verdad?
- GEN. ¿Para qué?... Basta con que á mí me satisfaga. (Va á guardar la carta en el bolsillo del frac. Kerouan le detiene con fuerza y prontitud la mano, clavando en él sus ojos escudriñadores y mirándolo de hito en hito.)
- KER. Pero no me satisface á mí.
- GEN. ¡Ah!
- LUISA. }
JENY. } ¡Ah!
MONT. }
- GEN. ¡Suelta esa carta, desgraciado! (Queriendo quitársela.)
- KER. (Quedándose con ella. Pausa. Terror general. Vuelve los ojos á las dos jóvenes, se dirige al Marqués y á Jeny, y, con aparente calma, agarra á Luisa, comprimiéndose y llevándola al centro de la escena.) Esta carta es mía. Y pues que ustedes dos mintieron al leérmela... Tú vas á decirme su contenido, Luisa.
- MONT. ¡Silencio!
- GEN. ¡No la leas! (A Luisa.)
- KER. ¡Generall... ¡Señor Marqués!... ¡Ni una sola palabra! ¡Su padre se lo mandal... ¡Lee, desdichadal... ¡Lee pronto! (Le presenta la carta, sin soltarla: ella cae de rodillas.)
- LUISA. ¡Perdón, padre mío, perdón!
- KER. Ya escucho. (Con afectada calma y aparente sonrisa, y poniéndole la carta delante. Luisa lee con voz ahogada.)

LUISA. «Padre mío, he olvidado todos los deberes que el...
»que el honor me imponía... ¡Dios me ha castigado
»con la desgracia! Yo voy á castigarme con la muer-
»te.» ¡Sí; he querido morir!

KER. Lee. (En el mismo tono que antes.)

LUISA. «¡Perdóneme usted si no revelo el nombre del que me
»ha perdido! ¡Perdóneme usted si muriendo, al verme
»abandonada por él, llevo conmigo á la tumba mi se-
»creto, para librarlo de su vengauza.»

KER. ¡Pero vives aún! Continúa. (Bajo, en seguida reponiéndose.)

LUISA. «No quiero que se maldiga á nadie más que á mi, que
»á nadie sino á mí se castigue.» (Leyendo de rodillas.)

MONT. ¡Noble corazón!

GEN. ¡Infeliz!

LUISA. «Al saber mi falta, me hubiera usted matado, y á mi
»hijo también. Esto habría sido un crimen, padre mío,
»ante Dios y los hombres, y he preferido ser yo la
»que lo cometa. Dios tal vez me perdonará mi muer-
»te, pues ella le evitar á usted la desesperación y la
»necesidad de castigarme. ¡Adiós, padre mío! ¡Adiós,
»y Él os bendiga!» (Luisa inclina la cabeza sobre el pecho,
Kerouan permanece inmóvil. Montclair se adelanta poco á
poco y se coloca entre Kerouan y Luisa, á quien levanta del
suelo, confiándola á Jeny, que la recibe en sus brazos. El Ge-
neral se levanta y se aproxima también poco á poco á Kerouan,
y le toma una mano. Esto se arrodilla sin mirarlos y todo lo
más lentamente posible, clavando sus ojos en el cielo.)

GEN. ¡Kerouan! ¡amigo mío! (Tomándole una mano.)

MONT. Kerouan, escúchame. (Le toma la otra.)

KER. ¡Dios mío! Tú, que castigas y perdonas... Tú, que me
has sostenido durante cuarenta años de trabajos y de
combates... Tú, que me has enseñado á aufrir por tu
santa causa... Tú, que siempre me has mostrado el
sendero del honor... ¡inspírame piadoso... y dame á
conocer tu voluntad!... (Baja la cabeza.)

JENY. (Él te concederá su perdón!) (A Luisa.)

LUISA. (¡No lo esperes jamás!) (A Jeny. En este momento se oye

un gran ruido hacia el fondo; la puerta se abre, y Mme. de Brias, seguida de su hija y de toda la sociedad que estuvo en la fiesta, entra rápidamente. El General les sale al encuentro y quiere detenerlos.)

GEN. ¡Ah! ¡Señores!... ¡señores!

MME BR. Perdone usted, general, si nos presentamos de esta suerte; pero vengo á exponer á usted mis disculpas y las de mis hijos.

GEN. ¡Basta! ¡Por favor!... ¡Yo se lo ruego á ustedes!

KER. Continúe usted, señora. Cúmpla usted su deber. Cada uno obtenga lo que le pertenece. A la virtud y la inocencia, el respeto y la veneración; al vicio y al crimen, la vergüenza y el castigo. ¡Ven, ven, infeliz!... (Asiendo á Luisa de la mano.) ¡Nuestro lugar no está entre los dichosos ni las gentes honradas! (Vase, llevándola con violencia.)

GEN. ¡Kerouan!

MONT. Espera.

JENY. ¡Ah, padre mio! Sigámosle.

GEN. ¡Kerouan! (Vase con su hija.)

MONT. ¡Señoral... ¡señoral... ¡Y tiene usted valor! (A Ana, viéndola entre la multitud.)

ANA. Marqués... ¿qué significa...?

MONT. ¿Viene usted á gozarse en su obra?... ¡Aléjese usted cuanto antes de esta casa! (Rumores en la concurrencia.)

ANA. No hay que admirarse, señores. Monteclain ignora, sin duda, que esta casa es desde hoy la mía.

TODOS. ¡Cómo! (Sale Jorge.)

JORGE. ¡Jamás! ¡Por fortuna, he llegado á tiempo de impedir sus osados proyectos. (A Ana.)

MONT. ¡Jorge!

ANA. Sí. Mr. Jorge D'Esteve, mi esposo.

TODOS. ¡Su esposo!

JORGE. ¡Ah, infame!

MONT. ¿Qué hace usted? (A Ana.)

ANA. Ver si el general se atreve ahora á negarme el nombre que su hijo me dió.

ALI. ¡Mi coronel! (Saliendo.)

MONT. Has vuelto ya... Condesa... Muy pronto lo sabremos.
(Animado y con tono de amenaza, se dirige el Marqués á Ana; Jorge, contenido por éste, vase entre los concurrentes, que demuestran la mayor sorpresa. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

El teatro representa una habitación baja de la alquería de Kerouan; medio fondo está cubierto y tiene una ventana al campo; el otro medio descubierto, y deja ver un camino que conduce á una montaña elevada y áspera. A la derecha del espectador una puerta, y otra á la izquierda: junto á la ventana del fondo, hay colgada un hacha de leñador; á la izquierda, y en primer término, una chimenea, sobre la cual hay dos espadas cruzadas y una carabina: á la derecha del espectador, dos puertas en alto, que dan á un corredor con su barandilla y escalera que conduce á la escena.

ESCENA PRIMERA

LUISA y JUAN; BRETONAS y BRETONES; después, KEROUAN

JUAN. ¿Podremos saber, señorita Luisa, para qué nos ha hecho el amo venir tan de prisa del campo?

LUISA. Él se lo dirá á ustedes, sin duda.

JUAN. ¡Tiene hoy una cara...! Nosotros no le hemos hecho mal alguno.

LUISA. Bien, esperad; yo también aguardo.

JUAN. Señorita, yo no sé lo que sucede... pero usted siempre... siempre ha sido usted el consuelo de los pobres; y si le hubiera sucedido alguna desgracia á usted ó á su padre... todos trabajaríamos por ustedes sin interés de ninguna especie, y tan de veras, como hasta aquí. ¿No es verdad, amigos míos?

Todos. Sí, sí.

JUAN. Ya nos pagarían cuando pudiesen. (Viendo á Kerouan.) ¡El amo! (Sale Kerouan por la puerta del corredor, baja, y tira sobre la mesa que hay en el mismo lado, un saco de dinero; después se dirige á Luisa con gravedad.)

KER. Cuente usted ese dinero. (A Luisa.)

LUISA. ¿Yo?

KER. Sí; usted. Es preciso conservar, al menos, el poco honor que nos queda. (Luisa baja los ojos, se dirige á la mesa, y cuenta el dinero.) ¿No ha vuelto Magdalena?

JUAN. No, señor. Sin duda no ha hallado aún á su hijo de usted.

KER. (Sentándose y á Juan.) Ya lo encontraré. Acercáos. (A los otros.) Ninguna queja tengo de vosotros; habéis ganado honrada y laboriosamente vuestro pan en mi casa... No todos suelen hacer esto en el mundo... Pero, en fin, Dios dispone las cosas según su voluntad. Creed, amigos míos, que en tanto hubiera vivido aquí, no os habría faltado trabajo ni alimento... Mas... circunstancias que no podía prever, me obligan á dejar la alquería.

JUAN. ¿Usted?

TODOS. ¿Usted?

JUAN. ¡Eso no es posible!

LUISA. (¡Qué quiere decir, gran Dios!) (¡Qué quiere decir, gran Dios!)

KER. Esta noche habré partido ya.

JUAN. ¿Pero por qué, señor, por qué?

KER. Mañana lo sabréis. Tal vez hoy mismo... dentro de una hora quizá... Hé ahí la razón por qué es preciso darnos prisa... Decid lo que se os debe... Voy á pagaros en el acto.

TODOS. Pero, señor...

KER. Luisa va á ajustar vuestra cuenta.

LUISA. ¡Padre mío!

KER. ¿Ignora usted que no sé leer ni escribir? Por otra parte, ningún interés puede usted tener en engañarlos también á ellos. (Kerouan se va al fondo y se sienta en un banco pequeño, con la cabeza metida entre las dos manos. Todos los demás rodean á Luisa.)

- LUISA. (A uno.) Ten, Francisco. ¿Es esa tu cuenta y la de los demás jornaleros?
- FRANC. ¿Para qué quiero verlo?
- LUISA. (A uno.) Para tí. (A otros dos.) Los dos luises de vosotros. (A Juan.) Toma tú, Juan.
- JUAN. ¡Ah, señorita... nosotros trabajaríamos de balde...! Dígaselo usted al amo.
- LUISA. Gracias, amigos míos, gracias... Id con Dios.
- KER. ¿Han concluído? (Levantándose.)
- LUISA. Sí, señor.
- KER. ¿Y eso, qué es?... (Mirando un montoncito de francos.)
- LUISA. Son los gajes de Pornic.
- KER. ¿En dónde está?
- LUISA. ¡Oh, el miserable no se atreverá á venir!
- KER. Si no hubiese miserables para hacer el mal, (Siempre con afectada calma y tomando el dinero.) no los habría tampoco para contarlo... Dale á Pornic lo que le toca. Era un trabajador incansable. (A Juan.)
- JUAN. ¡Era un villano... una astuta serpiente!
- KER. Ese es asunto para Dios y él tan sólo. A mi nunca me ha engañado... ¡Idos, hijos míos! ¡Adiós! ¡Continuad siendo laboriosos y honrados! Una conciencia limpia conserva siempre sano el corazón, aun cuando el infortunio lo atormente. ¡Adiós, dejadme solo!
- TODOS. ¡Adiós, señor Kerouan!
- KER. ¡Él os proteja! (Vanse los Aldeanos.)

ESCENA II

LUISA y KEROUAN

Kerouan baja muy lentamente la escena, toma una silla, y va á sentarse en medio del teatro. Luisa se acerca á su lado pausadamente, y se pone de rodillas.

- LUISA. ¡Padre mío!
- KER. Siéntese usted. (Después de una pausa y con aparente calma.)
- LUISA. ¡Perdón, piedad!
- KER. Siéntese usted... yo se lo ruego...
- LUISA. ¡Oh, déjeme usted suplicarle y llorar de rodillas.

- KER. (Levantándose.) ¡Entonces... aguardaré!
- LUISA. ¡Padre mío, padre mío!
- KER. Le he pedido á usted que se siente... Tenemos que hablar de ciertos negocios.
- LUISA. Ya obedezco.
- KER. Luisa, yo he procurado toda mi vida, (Siempre afectando calma y reposo.) ser un hombre de bien, y aunque un pobre aldeano como yo valga muy poco en el mundo, aunque no parezca cuerdo el alabarse á sí propio... nunca le he hecho mal á nadie.
- LUISA. ¡Ah! Usted ha sido siempre el ejemplo del honor y de la probidad.
- KER. Mucho ha ponderado usted. Sin duda debe saberlo mejor que yo... Pero déjeme usted explicar las cosas como yo las comprendo. Decía, pues, que nunca he hecho mal á nadie... y no quiero dar hoy motivo para que se me desmienta... quebrantando mi conducta con mis propios hijos.
- LUISA. ¡Dios bendiga, señor, tan sublime bondad!
- KER. Tendría unos veinticinco años, cuando me casé con su madre de usted.
- LUISA. ¡Madre mía!
- KER. Concluída la primera guerra de la Vendée. Yo era pobre; pero como me había batido hasta lo último por la buena causa, su madre de usted, que era natural del pais, correspondió á mi afecto... Su padre creyó que un poco de honradéz valía tanto como algunos escudos. . y me otorgó á su hija.
- LUISA. ¡Mi pobre madre!... ¡Tan orgullosa de tenerlo á usted por esposo!...
- KER. He querido decir con esto, que todos los bienes que poseemos nos han venido de ella.
- LUISA. ¡Los bienes que poseemos!... Padre mío, ¿de qué trata usted de hablarme?
- KER. De la porción que á usted pertenece.
- LUISA. ¿De lo que me pertenece? (Hace un movimiento para levantarse.) ¡A mí! ¡Ab! ¿por qué me habla usted de ese modo?

KER. Continúe usted en su silla... Yo no tengo mi cabeza bien organizada para las cuentas, y es preciso que no cometa error ninguno...

LUISA. ¡Ah! ¡Maldígame usted... pero no me trate usted así!

KER. (Siempre en el mismo tono.) Ha llegado el momento de que cada uno piense en sí propio. ¡Usted lo ha hecho como mejor le ha parecido... y... ya ve usted que no le digo nada!... Pero cada cual tenemos nuestras ideas. Yo no le pido á usted grandes sacrificios... sólo algunos minutos de paciencia.

LUISA. ¡Hable usted, padre mío, hable usted!

KER. Yo había recibido seis mil francos de la dote de Mariana, y con ellos tomé la alquería que habitamos. El viejo Marqués de Monteclain, que me amaba, porque los dos habíamos, durante la guerra, dividido el hambre y la fatiga... Mr. de Monteclain, repito, me cedió la alquería á buena cuenta, pudiendo yo, á favor de ella, criar á los cuatro hijos que nacieron de mi pobre Mariana,

LUISA. ¡Ah! (Llorando.)

KER. La dicha nos sonreía por todas partes, y yo contemplaba radiante de felicidad á mi esposa y los frutos de nuestro amor, cuando nos sentábamos á la mesa y cuando nos apiñábamos junto al hogar en las crudas noches del invierno... Pero pronto la suerte nos volvió el rostro... y en menos de un año acompañé á dos de mis hijos al cementerio de la aldea vecina... ¡Este fué un rudo golpe, que me abatió como á un niño... y que mató á su madre de usted... cuando apenas contaba diecinueve años!...

LUISA. ¡Ah! ¿Por qué no morí yo con ella?

KER. Usted no puede acordarse bien de todo eso. Pero yo lo tengo muy presente. El pobre Cristóbal, niño todavía, caminaba á mi lado, detrás del ataúd. Hacía frío, y llovía copiosamente. Yo la había tomado á usted en mis brazos, y... usted, que me veía llorar, besaba mis párpados para consolarme.

LUISA. ¡Basta! ¡Por piedad, padre mío!

KER. Nada de esto le recuerdo para acusar á usted. Lo hago tan sólo para enterarla de cuanto ha sucedido, y para que usted sepa que no quiero dejar de darle amplias cuentas de todo cuanto la concierne.

LUISA. ¡Ahl! ¡Cuando el General quiso matar á Jeny, tuvo más compasión de ella!

KER. Un poco de paciencia, y concluyo en seguida.... Usted no ignora que las enfermedades y la muerte cuestan muy caras... Así, pues... cuando murió su madre de usted, me ví lleno de deudas, contraídas sobre los bienes que á usted le dejaba. Sin embargo, á fuerza de orden y de constancia lo pagué todo; y aún esperaba hacer algunas economías... pero otra desgracia cayó sobre nosotros. El fuego consumió la pequeña quinta que teníamos en la montaña que linda con el lago vecino... y no dejó más que esa miserable cabaña que Marta habita, y que usted ya conoce.

LUISA. ¿Pero qué quiere usted decir con todo eso?

KER. Era preciso trabajar de nuevo, hacer de nuevo más crecidos gastos... Tal vez fui más lejos de lo que debiera... Quise que recibiese usted una educación como una señorita... lo creí conveniente... También ha costado muchos desembolsos... Lo siento... á pesar de ello, aún he podido hacer seis mil francos de economía... Usted los hallará sobre la mesa de su cuarto: con ellos hay varios créditos, varios títulos de pertenencia... Realícelos usted; y... y si no cubre la suma que á usted le pertenece, rogaré á su hermano de usted que me los preste de su legítima, y quedaremos en paz.

LUISA. (Levantándose.) ¡Padre míol! Dios ha concedido á los más culpables el derecho de implorar su misericordia... y aun el asesino que sube las gradas del cadalso, tiene á su lado un sacerdote que le habla de perdón... Yo sé que sólo á Dios puedo rogar me absuelva... Pero le he escuchado á usted, y ahora le pido que pronuncie mi sentencia... (Poniéndose de rodillas.)

KER. Yo no soy juez, y no puedo absolver ni condenar. Yo

soy únicamente un deudor que acaba, como su deber se lo imponía, de devolver lo que no era suyo... y que en cambio quiere que se haga otro tanto con él.

LUISA. ¿Y qué puedo yo deberle, que me sea posible pagarle nunca?

KER. (Levantándose.) Usted me debe la parte del bien que me pertenecía, y que yo le había á usted confiado... Usted me debe cuenta de mi honor, que era mi único patrimonio, que era mi solo bien... y á mi vez estoy dispuesto á escucharla.

LUISA. ¡Padre! ¡Padre!

KER. ¿Qué has hecho de él, responde?

LUISA. ¡Oh! ¡Ese honor! ¡Mi más preciosa herencia! ¡Lo he marchitado! ¡Lo he perdido!

KER. ¡No hablas más que del tuyo! ¡Pero el mío!... ¡el mío...! Tú has arrojado el que te pertenecía á la mitad del camino... y tu parte está deshecha... Eres una joven perdida, y esto sólo es tu sentencia y tu castigo... ¡Pero yo!... ¡Yo no quiero ser el padre á quien se le roba el honor y se calla! ¡Esa sería mi más cobarde infamia... y yo no la sufriré!

LUISA. ¡Cielos! ¿Qué intenta usted, señor? (Levantándose.)

KER. ¿Cree por ventura el vil que te ha seducido, que yo no le reclamaré lo que me ha robado? ¿Habéis creído los dos que, dejándoos en el fango de vuestra ignominia, cedería mi enojo y mi venganza? ¡Oh, no! Gracias al cielo, á nadie le es dado hacer un infame de un hombre de bien, y menos lo haréis vosotros, los que vivís en la vergüenza, con el que acaba de condenaros... Su nombre.

LUISA. ¿Para matarlo?

KER. Yo no le he preguntado á usted lo que haría de sus bienes... Todos se los he dado... y usted me debe ese nombre.

LUISA. (Aprisa radamente y con agitación.) ¡Padre mío, el día en que me vi abandonada de Dios, para dar mi vida á aquel á quien amaba, le juré esperar en silencio la hora en que él viniese á reparar mi falta!... ¡Es un

crimen añadido al otro sin duda... pero... yo no faltaré traídoramente á lo que he prometido!...

KER. ¡Yo no la despreciaba á usted hasta el punto de creer que amaba usted á un cobarde!

LUISA. Dios lo juzgará á su vez... pero yo he jurado...

KER. ¡Luisa, la afrenta de mi honor pide sangre! ¡Necesito la vida de ese hombre!

LUISA. ¡Padre... y o soy dueña de la mía... y se la entrego á usted!

KER. Luisa, al intentar morir, habías querido, sin duda, evitarme un crimen... ¿Tratas de que acabe por comerle?

LUISA. ¡Máteme usted... máteme usted... pero yo no he de revelar ese nombre!

KER. ¡Luisa!... Yo no quiero matarte... ¡Lo que quiero, es que hables!

LUISA. ¡Lo he jurado!

KER. ¡Luisa!... tú ignoras una cosa quizás... ¿Tú no sabes que se quiere á un hijo más que á un padre?

LUISA. ¿Qué dice usted?

KER. ¡Que si se puede abandonar á un padre á la vergüenza, á la desesperación y á la muerte, (Dirigiéndose á la puerta del cuarto de Luisa.) no es posible ver sufrir un solo minuto á la criatura que recibiera nuestro sér!

LUISA. Pero... ¡Dios mío! ¿Adónde va usted?

KER. Si no me dices el nombre del que te ha burlado... no será en tí, Luisa, en quien vengue mi ultraje... Tu hijo está aquí dentro... (En la puerta; ella, fuera de sí, se lanza á su padre.)

LUISA. ¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

KER. ¡Atrás!... (Rechazándola.)

LUISA. ¡Socorro! ¡Socorro! (Asiéndole las manos.)

KER. He alejado á todos los de la alquería. (Rechazándola.)

LUISA. ¡Tenga usted piedad de mí!

KER. ¡Ese nombre!

LUISA. Yo se lo diré á usted; pero obligarme á ser perjura amenazando la vida de mi hijo, ¡eso es horroroso, padre mío!

- KER. ¡Ese nombre!
- LUISA. ¡Sí, sí! ¡Pero lo que quiere usted hacer, es indigno de su alma!
- KER. ¡Ese nombre!
- LUISA. Voy á decirlo... repito .. ¡Mas asesinar á un pobre niño, cuando puede usted matar á su madre... es una cosa horrible!
- KER. ¡Pronto, ese nombre!
- LUISA. ¡Ah, Dios mío! ¡Perdón! ¡Ya no puedo ocultarlo! ¡El hombre á quien amo...!
- KER. ¡Acaba!
- LUISA. ¡Es...!

ESCENA III

DICHOS; JORGE, apresurado, y con él JENY

- JORGE. ¡Luisa! ¡Esos gritos!...
- LUISA. ¡Ah, Jorge, Jorge! ¡Quiere matar á mi hijo! (Lanzándose á él.)
- JENY. ¡Cielos!
- KER. ¡Luisa! (Queriendo imponerla silencio.)
- JORGE. ¡Antes me matará usted á mí! (Poniéndose con resolución delante del cuarto de Luisa.)
- KER. ¿Qué dices?
- LUISA. ¡Oh, seremos dos ahora! (Poniéndose al lado de Jorge.)
- KER. ¡Tú... Jorge... tú la defiendes!... ¿Qué vienes á hacer aquí?
- JORGE. Puesto que para saciar su venganza necesita usted derramar sangre... yo soy el culpable. . Vierta usted la mía! (Hinca una rodilla en tierra.)
- JENY. ¡Jorge! (Sorprendida.)
- KER. ¡Tú, tú, miserable! (Abalanzándose á coger el hacha, y alzándola contra Jorge.)
- LUISA. ¡Ah! (Dando un grito.)
- JENY. ¡Kerouan! ¿Qué va usted á hacer? (Poniéndose delante. Pausa: Kerouan con el hacha levantada: Jeny delante, conteniéndole: Jorge de rodillas: Luisa al lado de Jorge: Kerouan se dirige á Jeny.)

- KER. ¡Sí... tienes razón! (Queriendo sosegar y tirando el hacha.)
¡Jorge! ¡El hijo de mi antiguo amigo!... ¡Jorgel!... ¡Él!
¡Tú lo sabías, Jeny... y tú ocultabas el crimen de tu hermano!... ¡Qué horror!
- LUISA. ¡No, padre mío, no! ¡Ella no ha callado más que mi falta: ella no ha tenido piedad más que de mí!
- KER. Bien. Poco me importa ya (Se dirige á la chimenea, descuelga las espadas que sobre ella hay, y las coloca en la mesa.)
- JENY. ¿Qué va á hacer?
- KER. Hé aquí mi antigua espada de la Vendée, caballero, y hé ahí también con ella la que me dió su padre de usted cuando lo saqué bañado en sangre del campo de batalla... (Agitación de las jóvenes.) ¿Cuál elige usted?...
- JORGE. ¡La de mi padre! ¡Yo sabré empuñarla con honor!
- LUISA. ¿Qué dices, Jorge?
- KER. ¿Me ha entendido usted, caballero?
- JORGE. ¡Estoy pronto á seguirle!
- LUISA. ¡Tú... tú...! ¿Pero qué van á hacer?
- JORGE. Por mi parte, á cumplir mi última obligación... ¡A morir, Luisa!
- JENY. }
LUISA. } ¡A morir!
- JENY. ¿Y es eso lo que tú debías?...
- LUISA. ¡Un momento, Jeny!... ¡Padre mío, ya le conoce usted, y sabe que no rehusará seguirle; pero concédame usted un instante, un solo minuto para hablar á Jorgel!
- KER. ¡Tendré paciencia... esperaré!... (Va á salir.) ¡Dile cuanto quieras!
- LUISA. ¡No, sola no, padre mío; sino delante de usted, que me ha condenado... delante de ella, que ha tenido piedad de mí, (Por Jeny.) delante de Dios, que nos escucha! (Kerouan vuelve á bajar á la escena, y se dirige á la mesa, apcándose en ella y dejando encima la espada.)
- KER. ¡Seal! ¡Dile tus últimas palabras!
- LUISA. Escucha, Jorge, y respóndeme otra vez, si te atreves, como me has respondido antes. ¿Adónde vas?

- JORGE. ¡Ya lo he dicho. ¡A morir!
- LUISA. ¡A morir! (Con sorpresa y desesperación.)
- JENY. ¡Hermano mío!... ¿No piensas...?
- LUISA. ¡Cállate, Jeny, yo te lo ruego! ¡Morir dices! (A Jorge.)
¡Cómo! .. ¿En tal momento... ¿aquí? ¿en esta casa?...
¡Cuando ves un padre desesperado, una pobre mujer perdida... y allí... allí... un hijo, que es el tuyo, y que no tiene nombre... no te ocurre otro pensamiento que la muerte!
- JORGE. Es lo único que puedo hacer. La muerte, Luisa, es la expiación de todos los crímenes.
- LUISA. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Me desprecia también!
- JENY. ¡Ah, Jorge! ¡Eso es horroroso!
- KER. ¿Y usted creía que me hubiera vengado mejor mándola á usted?... (A Luisa.) ¡Salgamos, caballero!
- JORGE. ¡Al instante! (Jeny les impide el paso.)
- JENY. ¡No, no es posible! ¡Escúcheme usted, Kerouan! Mi padre va á venir de un momento á otro.
- JORGE. ¡Mi padre va á venir! ¡Ah! Marchemos, marchemos. ¡Que no oiga yo su maldición! ¡Él mismo me aconsejaría la muerte! (Aterrado.)
- JENY. ¡Oh! tú no conoces á nuestro padre... (A Jorge.)
- KER. ¡Tú mientes, y tú eres un cobarde!
- LUISA. ¡Padre mío... ¡No sabe lo que se dice! ¡Ha perdido sin duda la razón! (Conteniéndole.)
- JENY. ¡Ah! ¡Al fin vino mi padre!
- JORGE. ¡Cielos! ¡Ah! (Se le cae la espada de la mano, al oír que llega el Geaeral.) ¡Tenga usted compasión! Usted lo ha querido. Pues bien; interróguele usted, y él le dirá por que busco la muerte. (A Kerouan.)
- KER. ¡Basta! ¡Yo sé lo que me toca hacer!
- LUISA. ¡Dios mío!

ESCENA IV

DICHOS y EL GENERAL

- GEN. Perdona si he tardado, Kerouan. (Saluda á las jóvenes al entrar.)

- KER. No hay de qué... Era muy justo que recibieses las felicitaciones de tus amigos... y has hecho bien.
- GEN. (Tomándole una mano.) El recuerdo de tus penas me hablaba, sin embargo, más alto que todas esas vanidades... Pero yo sé que es preciso dejar á la desesperación la libertad de sus primeros arrebatos, para que pueda escuchar después los consejos de una amistad verdadera, y... confiaba al mismo tiempo en la promesa que esta mañana hiciste á Mr. de Monteclair.
- KER. Ya ves que la he cumplido... y estoy dispuesto á oír tus consejos... ¿Qué tienes que decirme?
- GEN. ¿Qué me decías ayer tú mismo? Que debíamos perdonar á la juventud, á las pasiones y al amor.
- KER. Es verdad; y tú no querías escucharme; pero yo... sin embargo, soy menos orgulloso... que tú, Simón. Y si el que ha seducido á mi hija se dispusiera á volverle su honor... tal vez se lo perdonaría.
- GEN. ¿Y qué motivo podría impedirlo?...
- KER. Tal vez él lleve un nombre que tema humillar dándole á la hija de un pobre arrendador...
- GEN. Aunque ese nombre contara diez siglos de nobleza, lo ha puesto ya al nivel del tuyo...
- KER. Quizá tema también el resentimiento de su familia... la maldición de un padre riguroso...
- GEN. Si hubiera un padre bastante infame para negarse á tan justa reparación... la desobediencia llegaría á ser en tal caso un derecho respetable.
- KER. Pues... no opina él de ese modo.
- GEN. ¿Qué! ¿Lo conoces ya por ventura?
- KER. Sí.
- GEN. ¿Y... quién es el cobarde que se ha atrevido á guarecerse con semejantes obstáculos, para no llenar tan sagrado deber?
- KER. Un hombre... que, seguro sin duda de su destreza en las armas, ha creído que con un duelo satisfacía el honor de una familia.
- GEN. ¡Pero con esos miserables no se bate uno, Kerouan... sino se los mata!

- KER. ¡Se les mata!... (Volviéndose á Jorge.) ¡No soy yo quien te condena, Jorge! ¡Ha sido tu padre!
- GEN. ¡Jorge!... ¡Mi hijo!... ¡Él!... ¡Esto es un sueño horrible!
- JENY. ¡Sí, sí; mi hermano, que temiendo su enojo de usted, no se atrevía á esperar su perdón!... (Abrazando al General.)
- KER. ¡Anatema y maldición sobre él!
- JORGE. }
LUISA. } ¡Ah!
JENY. }
- GEN. ¡Otro delito más! ¡Vete, desgraciado! ¡Huye de aquí!
- KER. ¡Qué dice! (Sorprendido.)
- JENY. ¡Padre mío! Ha sido muy culpable, lo conozco; pero usted le perdonará... como Kerouan perdonará á su hija, y la unión de entrambos...
- GEN. ¡Nunca! ¡Nunca!
- LUISA. ¡Cómo! ¡Usted también me condena! (Al General.)
- KER. ¡Luisa!... ¡Luisa! ¡Falta apurar más aún la copa de infame amargura que me has hecho beber!...
- LUISA. ¡Yo me vuelvo loca! ¡No, no; esto es increíble!
- GEN. ¡Vete, Luisa...! ¡Jeny, déjanos! (A Jorge.) Sal de aquí, repito... Kerouan... es preciso que yo te hable á tí, á tí solo.
- KER. ¡Ahora le toca á usted, señor General! ¡Hable usted alto!
- GEN. ¡Kerouan, escúchame!
- KER. ¿Quién es el cobarde, me decía usted hace poco, que pueda negarse á tan justa reparación? ¡El cobarde es éste! (Señalando á Jorge.)
- GEN. ¡Kerouan! ¡Kerouan!
- KER. ¿Quién es el padre bastante infame para rehusar una rehabilitación tan necesaria?... decía usted también... ¡Ese infame es usted!...
- GEN. ¡Kerouan!... ¡Una palabra!...
- KER. ¡Basta, caballero, basta! Y díganme, ¿cuál de los dos quiere empezar el duelo? (Dirigiéndose á los dos.)

ESCENA V

DICHOS; ALÍ, corriendo.

ALI. ¡Padre mío! ¡Padre mío!

JENY.

LUISA. } ¡Oh! (Al ver á Alí.)

JORGE. }

KER. ¡Ah! ¡Dos contra dos! ¡Igual es la partida!

ALI. ¿Qué quiere usted decir?

KER. Alí, ¿no sabes nuestra deshonra?

ALI. Sí, padre mío. Acaban de decírmelo, y sólo he venido á saber el nombre del seductor.

KER. ¿El seductor? El seductor se llama el Vizconde Jorge D'Esteve. ¿Lo entiendes?

ALI. ¡El, él! (Retrocede horrorizado.)

KER. Y como es hijo de un noble de nuevo cuño, que desprecia, sin embargo, á los nobles de otros tiempos... nos abandona á nuestro oprobio... de miedo de ensuciar su nombre con el de un bretón honrado.

ALI. Es que... es que ese hombre es más infame... es más culpable de lo que usted cree, padre mío, porque ese hombre está casado.

TODOS. (Menos el General y Jorge.) ¡Casado!

JORGE. (A Kerouan.) ¡Por eso quiero morir!

GEN. (A Kerouan.) Ya sabes mi secreto. (Pausa: Luisa se queda inmóvil, con los ojos fijos y desecajados, con la fisonomía contraída. Se nota un gran trastorno en su semblante, y exclama como una loca, dirigiéndose, sin saber lo que hace, ya á uno, ya á otro.)

LUISA. (Al General.) ¡Casado! (A Jeny.) ¡Casado! ¡Ah! (Se encuentra frente á Jorge y da un grito; en seguida se dirige á Alí.) ¡Adiós, hermano mío! (Se lanza como una loca á su cuarto, abriendo la puerta con violento frenesí y cerrándola por dentro. Kerouan ha quedado inmóvil.)

GEN. ¡Ah, Jeny, no la dejes sola! ¡Sálvala también otra vez!

JENY. (Que ha ido al cuarto de Luisa, el General señala á su hija el campo, y Kerouan sigue inmóvil. ¡La puerta está cerrada!

GEN. No: por ahí, por ahí.

JENY. (Saliendo y llamándole.) ¡Jorge, Jorge!

GEN. (Jorge se dirige precipitadamente detrás de Jeny; su padre le detiene un momento.) ¡A dónde va usted?

JORGE. ¡A morir con ella, ó á salvarla!

GEN. (Bajo.) Ni aun ese derecho tiene usted...

JENY. (Dentro.) ¡Luisa. .! ¡Ah, huye por la montaña con su hijo! ¡Luisa!

JORGE. ¡Cielos! (Vase precipitadamente.)

GEN. (Dentro.) ¡Domingo, Domingo! ¡Scorrol!

ALI. ¡Oh! ¡Yo lo buscaré, padre, padre mío! (Viendo ir á Jorge; luego se dirige á su padre, que continúa inmóvil.)

KER. ¡Ah, Dios mío, cuánto sufro! ¡Dios mío, yo no puedo más! (Rompe primero en lágrimas, y cae sostenido apenas contra la mesa. Allí se arrodilla á sus piés y le besa la mano.)

ALI. ¡Padre, padre!

KER. ¡Déjame, déjame llorar...! ¡Ah, tengo oprimido el corazón... me ahogo... padezco mucho... mucho... mucho!

ALI. ¡Sí; llore usted, llore usted: á mi me toca vengarle!

KER. Tú matarás á ese mónstruo, ¿no es cierto? ¡A ese miserable que ha perdido á mi pobre hija... que era tan buena, tan inocente, tan honrada antes de conocerlo!

ALI. ¡Sí; le mataré, ó no habrá justicia en el cielo!

KER. ¡Oh, cuánto debe sufrir la desdichada! (Se levanta.) ¿Qué es lo que dice? ¿En dónde está?

ALI. No lo sé: ha huído con su hijo.

KER. ¡Ha huído, y tú no has volado en su socorro! (Con arranque violento de cariño y desesperación.) ¡Pero es que yo no quiero que muera; que yo no quiero que se mate! ¡Es que... es mi hija...! (Llamando.) ¡Que yo quiero perdonarla! ¡Luisa, Luisa!

ALI. ¡Corramos, padre mío! (Allí se precipita hacia el fondo con los brazos extendidos y llorando. Kerouan toma su espada y se la da á su hijo, haciendo con las palabras una transición, de voz alta á voz ronca y tono precipitado.)

KER. ¡Luisa! ¡Ah, ten, (Le da la espada.) para Jorge cuando la hayamos salvado! ¡Oh... tú lo matarás... sí... tú... (Transición.) lo matarás!

ALI. ¡Marchemos! (Vanse precipitadamente.)

ESCENA VII

MONTECLAIN, BRÍAS y MR. AVANTIENNES

MONT. ¡Esos gritos...! ¡Kerouan y Ali... (Sale con precaución por el fondo de la izquierda.) corren hacia la montaña! ¡Un grupo de gente está al pié de ella! ¿Qué será? (Entran en escena.)

AVANT. ¿Estamos solos?

MONT. Veremos. (Se dirige al cuarto de Luisa, toca la puerta y mira por la cerradura.) ¡Cerrada! ¡No hay nadie... ni en toda la alquería...! ¿Qué significa esto?

BRIAS. Mejor para nuestro intento.

MONT. ¿Está usted seguro, Brías, de que esa mujer se dirigía á este sitio?

BRIAS. La he visto muy bien, cuando espiábamos su paso junto al lago vecino.

MONT. Entonces, preparémonos á recibirla.

AVANT. Muy difícil, señor Marqués, es la prueba que usted intenta, y sólo la amistad que le profeso y el respeto que me merece, me habría obligado á presentarme...

BRIAS. Lo mismo digo: es casi increíble...

MONT. Monsieur D'Avantiennes, la justicia tiene el deber de acudir do quiera que sea reclamada. ¿Es cierto que, en la imposibilidad de tener pruebas evidentes para librar á una noble familia del azote de la maldad y de la intriga, he recurrido á un medio extraño, violento quizá hasta en sus consecuencias. Pero... ¿hemos de dejar impune un mal como el que combatimos? ¿Hay otro camino? Usted, como Procurador del Rey, puede encontrarlo, y yo me someteré...

AVANT. No hallo ninguno.

MONT. Entonces, emprendamos éste, con la fe necesaria. Por fortuna, la contestación del Duque, mi tío, aunque no prueba nada, me indica al menos el rumbo que debo tomar, y...

- BRIAS. ¡Silencio, viene gente!
- MONT. Será ella quizá. Señores...
- AVANT. Comprendo. Desde ese cuarto lo oiremos todo. Monsieur de Brías...
- BRIAS. Estoy pronto. (Entran en una de las puertas de la derecha.)
- MONT. Mi conciencia está tranquila... Sí, el cielo me inspirará. (Se aparta á un lado.)

ESCENA VIII

DICHOS y ANA

- ANA. Nadie. (Después que baja por la montaña del fondo y que ha entrado mirando á todos lados.) ¡Sola la casa del General esta mañana! ¡Sola también la alquería! ¡Oh! ¿Será cierto lo que acabo de oír?... ¡Jorge, Jorge, el padre de ese niño...! Veremos si Luisa se atreve á ocultarme nada... Veremos si, después de todo, se atreven también á negarme el nombre que me pertenece.
- MONT. A eso vamos, Condesa.
- ANA. ¡Monteclain!... (Después de una pausa, y reponiéndose.) ¡ES original este encuentro!
- MONT. Sí; necesitaba que me concediera usted una entrevista...
- ANA. ¡Y me ha seguido usted quizá! ¡Caballero, el medio me parece ridículo...! (Va obscureciendo.)
- MONT. Tal vez; pero es preciso que usted me escuche, á pesar del sitio y de la hora.
- ANA. ¡Es preciso! Me admira un tono semejante... y debo advertirle, que pretender asustar á una señora es una cosa de muy mal gusto.
- MONT. Permítame usted exponerle, á propósito de eso, una teoría, que desde hace tiempo he profesado siempre.
- ANA. Bien. Así le servirá de ensayo su discurso para cuando el General le deje ser diputado. (Con sonrisa burlona.)
- MONT. Nadie más que yo cree en el respeto que á una mujer se debe. En nuestra sociedad, en que todas las carreras y todas las ambiciones nos pertenecen, en que la

ley da al hombre la dirección de los más graves negocios, en que su voluntad, como padre y como esposo, es casi siempre la regla absoluta, á la cual es fuerza que las mujeres se sometan, creo noble y bueno que nuestros hábitos atemperen esa autoridad arbitraria, y no conozco nada más respetable ni más lisonjero que la protección universal que la mujer encuentra en su debilidad misma.

ANA. Marqués... se expresa usted perfectamente, y le aseguro un gran éxito en la Cámara.

MONT. Pero cuando acontece que la mujer, en vez de ser humilde, tímida y sumisa, es un sér frío, egoísta y... malvado; cuando el engaño ha sido su existencia habitual; cuando la mentira ha sido también para ella un medio lícito de fortuna y engrandecimiento; cuando ha jugado con el honor de las familias; cuando por sus calumnias ha sembrado en torno suyo el dolor y la amargura... confieso que la galantería que me obligara á tratar á esa mujer con el más profundo respeto, me parecería una irrisión, una debilidad culpable, y un insulto hecho á la justicia del cielo y de la tierra.

ANA. Marqués... usted trata de tenderme un lazo cuyo objeto desconozco.

MONT. No.

ANA. ¡Usted es un cobarde, y no sería capaz de hablar á un hombre de ese modo!

MONT. ¡Á un hombre lo habría entregado ya en manos de la gendarmería!

ANA. ¿Y qué es lo que usted pretende de mí?

MONT. ¿Qué pretendo? Presentar á usted un bosquejo de ciertos hechos... de cierta novela terrible, para que usted me diga cuál podría ser el desenlace de ella.

ANA. ¿Cómo?...

MONT. Yo podría indicarle desde luego uno... si usted no quisiera tomarse esa tarea; pero ignoro si lo agradecerá ó no.

ANA. ¿Qué misterio encierran sus palabras? Hable usted.

- MONT. Y ese desenlace, en fin, sería la libertad de Jorge.
- ANA. ¡Comprendo! Pero á mi pesar no puedo devolvérsela... Ya sabe usted que el divorcio está abolido.
- MONT. Existe, sin embargo, un artículo en nuestro Código, que dice: «Cuando ha habido error en la persona .. el matrimonio puede ser declarado nulo.»
- ANA. ¡Se atreve usted á intentar una suposición semejante! (Con energía.)
- MONT. ¡Condesal
- ANA. ¡Marqués!... ¡Respéteme usted, ó yo sabré hacerme respetar!... (Con dignidad.)
- MONT. Después de haberme oído. (Con más fuerza. Ana queda suspensa.)
- ANA. Hable usted, caballero, hable usted.
- MONT. Usted sabe que la Condesa de Beauval, nació en Pondichery... de monsieur y madame de Marsan, parientes del Duque de Hericy, mi tío...
- ANA. ¿Y á qué me recuerda usted mi nacimiento?
- MONT. Usted rectificará los errores que yo cometa. Déjeme usted proseguir.
- ANA. Ya escucho... (Algo turbada.)
- MONT. A los doce años se halló huérfana... y á los quince, viuda del Conde de Beauval. Viéndose sin familia, y casi sin fortuna, decidió dejar la India, donde por entonces vivía, y venir á Francia en busca del Duque de Hericy. Partió, pues, en compañía de una tal Isabel Pommier, que había sido allí educada con ella, y que, por consiguiente, estaba iniciada en los más íntimos secretos de la familia... ¿Es verdad cuanto refiero?
- ANA. Y... ¿á qué viene la narración de todos esos pormenores?
- MONT. Durante la travesía... parece que madame de Beauval, cayó peligrosamente enferma.
- ANA. ¡Está usted engañado... nunca me sentí mejor!
- MONT. Entonces fué Isabel Pommier la que estuvo enferma, según veo; porque es indudable que una de las dos mujeres que viajaban en el *Atlante*, se hallaba á punto de expirar, en el momento en que aquel buque

nafragó... frente al Cabo de Cap. Todos perecieron, á excepción de ellas dos, á quienes un piloto pudo salvar, llevándoselas á su casa. El buen holandés, que no comprendía la menor palabra francesa, equivocó á la criada por la señora. Dió la mejor habitación á Isabel Pommier, que aún continuaba enferma de peligro, y alojó de cualquier modo y cerca de ella á la Condesa de Beauval, para que la asistiese.

ANA. ¿Y qué? (Turbada.)

MONT. Que... lo que nadie creería... Isabel Pommier .. la indigna, la traidora Isabel Pommier. .

ANA. (¡Oh!) (Con ira.)

MONT. Aunque no del todo restablecida... se levantó una noche y envenenó á su ama, la Condesa de Beauval.

ANA. ¡Miente usted! (Precipitándose en sus iras.) La Condesa de Beauval murió naturalmente.

AVANT. ¡Bastal (Abriendo la puerta y saliendo con Brías.)

ANA. ¡Cielos! ¡Ah! (Conociendo lo que ha hecho.)

MONT. Señores, la Condesa de Beauval ha muerto, Isabel Pommier se apoderó de los papeles y del nombre de su ama, se presentó en casa del Duque de Hericy como parienta... fué de allí arrojada, y coronó por fin su vida aventurera, con un matrimonio nulo... ¡nulo por la ley!

ANA. (¡Oh! ¿Qué me resta ya?)

AVANT. Señora... (Ana pregunta con extrañeza quién es.)

MONT. (Presentándolo á Ana y sonriendo con afectada galantería.) Mr. D'Avantiennes, Procurador del Rey. (Llevándola aparte.) Elija usted. Si reconoce su identidad... si firmando este papel, en el cual manifiesta su verdadero nombre, deja libre por semejante medio á Jorge... libre también puede usted salir de Francia hoy mismo, sin que la justicia intervenga en este asunto. Si no...

ANA. Monteclain... sé que estoy perdida... que sólo me aguarda la vergüenza y el oprobio, ya accediendo á lo que usted exige, ya negándome á ello... ¿Cree usted que mi orgullo pudiera consentirlo? ¿Cree usted que mi corazón, por gastado que esté, no sienta ya el

remordimiento, cuando no pueda hacérmelo olvidar el lujo, los placeres y las consideraciones sociales?... Monteclain... usted me ha perdido... pero yo le perdono... usted me ha condenado... pero su deber se lo imponía... Adiós.

MONT. ¡Una palabra!

ANA. Mr. D'Avantiennes... suplico á usted que me preste el apoyo de su brazo... y me acompañe hasta mi quinta... Quiero que usted, que todo el mundo vea... cómo respondo á las acusaciones que acabo de sufrir... Quiero que usted, en fin, venga conmigo.

AVANT. Señores...

MONT. Pero...

AVANT. Señor Marqués, suplico á usted que confie á mí únicamente la terminación de este suceso.

ANA. ¡Adiós, Monteclain! ¡Adiós... Brías!... (Vase con D'Avantiennes.)

MONT. (¿Qué nuevo proyecto?...)

ESCENA IX

BRÍAS y MONTECLAIN; MAGDALENA, corriendo.

MAG. ¡Señor Marqués! ¡Señor Marqués!... (Aterrada.)

MONT. ¡Magdalena!

MAG. ¡Socórranos usted por Dios! Mi tío Korouan... el General... ¡Alí!... ¡Todo el mundo corre en vano tras ella!

MONT. ¡Cómo!

MAG. ¡Luisa se ha escapado medio loca con su hijo! No se la encuentra por la montaña, sin embargo de que unos Aldeanos aseguran haberla visto cruzar por ella con dirección al lago vecino.

MONT. ¡Cielos! ¿Qué intentará esa infeliz?

MAG. Todo se ha descubierto; y no será extraño que quiera atentar contra su vida.

MONT. ¡Brías, amigo mío, sígame usted! Veamos si podemos salvarla. Ve, Magdalena... busca á los criados de la

alquería... ¡que enciendan hachas!... ¡Ah! ¡Pobre Luisa! (Vase.)

ESCENA X

JENY; después KEROUAN, EL GENERAL, ALÍ, CRIADOS
y DOMINGO

- JENY. Corra usted, Marqués... corra usted. ¡Ay!... ¡Yo no puedo más! ¡Las fuerzas me abandonan!... ¡En vano pretendí seguiría en su carrera! (Va al foro.) ¡Esa luz! ¡Mi padre! ¡Ah! ¡Hable usted! (Salen todos.) ¡Hable usted! (Sale Domingo.)
- GEN. No se la encuentra.
- JENY. ¡Dios mío!
- KER. ¡Luisa! ¡Luisa! (Cae en una silla.)
- ALI. Pero... era inútil volver... Marchemos de nuevo...
- MAG. (Dentro.) ¡Ah! (Dando un grito; entra.)
- TODOS. ¡Magdalena! (Viéndola salir.)
- MAG. Allí... en la cima de la roca negra, ¿no ven ustedes una sombra? (Señalando al campo.)
- TODOS. ¡Una mujer!... (Mirando.)
- KER. ¡Se detiene! ¡Se pone de rodillas!
- GEN. ¡Cielos! ¡Y el lago que está al pié de la roca!
- ALI. ¡Dejadme á mí solo. (Vase corriendo.)
- GEN. Ahora se levanta.
- KER. Allí se acerca.
- DOM. ¡Otro hombre se acerca corriendo!
- GEN. Ella los ve. (Se oye el golpe de un cuerpo que cae al agua. Todos se horrorizan y dan un grito.)
- TODOS. ¡Ah!
- KER. ¡Señor, piedad! (Cae de rodillas.)
- DOM. Allí se ha precipitado detrás de ella al lago, para salvarla.
- KER. ¡Oh! ¡No me arrebatés á los dos!... (Alzando las manos al cielo.)
- DOM. ¡Mil rayos! El esfuerzo de Ali ha sido en vano!... La mujer...

- KER. ¡Acaba!
- DOM. ¡Ha desaparecido!
- KER. ¡Es mi hija! ¡Dejadme! (Queriendo salir.)
- GEN. ¡Kerouan, detente!
- KER. ¡Quiero morir con ella!
- DOM. ¡Allí vuelve!...
- KER. ¡Sólo!
- DOM. Varios Aldeanos intentan sacar del agua... ¡Oh! (Apartando la vista.)
- JENY. ¡Basta, Domingo!
- KER. Ali... ¡Hijo mío!... (Viéndole salir y llorando)
- ALI. (Entra sin casaca y en desorden.) ¡Padre! ¡Dios la habrá recibido en su seno! ¡Perdóneme usted!... ¡Si su desesperación ha sido mayor que mis esfuerzos!...
- KER. ¡Luisa!... (Llorando.)

ESCENA XI

DICHOS y JORGE

- JORGE. ¡Luisa!... ¡Ah!... ¿Dónde está? ¿Dónde está?
- TODOS. ¡Jorge!
- KER. ¡Ven, miserable, ven á ver aquel cadáver que acaban de sacar á la orilla del lago!
- JORGE. ¡Luisa muerta!
- ALI. ¡Sí, muerta... muerta, porque usted la amó... porque usted causó su deshonor!... ¡Padre mío! (Tomando las dos espadas de encima de la mesa.) La hora es llegada.
- GEN. } ¡Allí!
- JENY. }
- GEN. ¡Kerouan... Kerouan... Después de cuarenta años de amistad, hemos de ver á tu hijo y al mío... ¡Oh, es imposible!
- KER. ¡Luisa ha muerto! (Con energía.)
- GEN. Kerouan... Sería un combate sacrílego.
- KER. Luisa ha muerto... deshonorada... perdida... (Lo mismo)
- JORGE. Y yo merezco morir... (A Ali.) Mátame... no quiero defenderme...

- ALI. ¡Después de haber deshonrado á la hermana, quiere usted deshonrar también al hermano!... ¡Quiere usted que yo lo asesine!
- JORGE. ¡No! ¡Dame una espada!
- GEN. ¡Jorge!
- JORGE. ¡Padre, es preciso acabar de una vez!
- GEN. ¡Defiéndete al menos, desdichado! ¡Defiéndete! (Bajo.)
- JENY. ¡Hermano mío!
- KER. ¡Hé aquí las espadas de vuestros padres! (Dando á cada uno una espada.)
- DOM. Pero... no lo consentiré... ¡Matarse así...! ¡entre las sombras de la noche!
- GEN. ¡Pues bien! (Tomando velozmente una antorcha de manos de uno de los Criados y colocándose enmedio de los dos jóvenes, aunque algo detrás.) ¡Yo alumbraré el combate! ¡Alí, venga á tu hermana!
- JENY. ¡Padre, padre! (Ocultando el rostro contra el pecho de su padre; van á empezar; sale el Marqués.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, MONTECLAIN y LUISA; PAISANOS, con luces.

- MONT. ¡Detenéos!... (En el momento en que van á empezar el combate, se presenta Monteclain con Luisa, trayéndola de la mano.)
- TODOS. ¡Luisa!
- KER. ¡Gran Dios! ¡Ella! ¡Ella! ¡Luisa!... ¡Ah, hija de mi corazón! (Abrazándola.)
- LUISA. ¡Sí, sí; salvada con mi hijo... por monsieur de Monteclain!...
- KER. ¡Hija de mis entrañas!...
- GEN. ¡Marqués!... ¡Marqués!... ¡Deme usted esa mano!
- MONT. ¡Los brazos, General!
- DOM. ¡Pero esa mujer que han sacado del lago...!
- MONT. ¡Ella misma se ha impuesto el castigo que la ley le preparaba, y desasiéndose del brazo del Procurador del Rey!... ¡La Condesa de Beauval ha dejado de existir!

- GEN. ¡La Condesa!
- JORGE. ¡Cielos!
- JENY. ¡La Condesa de Beauvall...
- MONT. ¡Jorge es libre!
- KER. }
- LUISA. } ¡Libre!
- ALI. }
- JORGE. ¡Kerouan!... ¡Padre mío!... ¡Luisa!...
- GEN. ¡Señor Marqués!... ¡Usted será el padrino!
- ALI. ¡Jorge!
- KER. ¡Simón!... ¡Simón!... ¡Yo no puedo serlo del señor Marqués! .. (Abrazándolo.)
- MONT. General, hoy, por vez primera, he entrado en su casa de usted. ¿Se dignará usted entrar asimismo en la mía? Allí, sólo encontrará usted amigos.
- GEN. ¡No! ¡Allí encontraré siempre á mis hijos! (Reune á Jenny y Monteclain. Cae el telón.)

FIN DEL DRAMA



POUNCE II. 17297

